

EL APACIGUAMIENTO: LOS MOTIVOS DETRÁS DEL FRACASO · GONZALO ALMEYDA TORRES
LA HISTORIA PUESTA A PRUEBA · DESIRÉE COLOMÉ MENDEZ Y RAÚL BRAVO ADUNA

ÁGORA

Año V, N° 7 • Verano de 2009

ENTREVISTA:
PETER H. SMITH

ESTADOS UNIDOS SE
ACERCA AL ÁFRICA
SUBSAHARIANA
DIEGO MICHEL MACÍAS WOITRIN



EL COLEGIO DE MÉXICO

CONSEJO EDITORIAL

María Fernanda López Portillo Alcocer
Director

Gonzalo Almeyda Torres
Rodrigo Arteaga Rojas
Alexia Bautista Aguirre
Tatiana Brofft Cervantes
Guadalupe Ximena García Hidalgo
Alejandro Morales Rosales
Carlos Peimbert Moreno
Marcela Valdivia Correa
Mary Alexandra Vela McCarthy
Jorge Luis Zendejas Reyes

CONSEJO ASESOR

Sergio Aguayo	Doctor en Relaciones Internacionales por la Universidad Johns Hopkins
Ilán Bizberg	Doctor Ciencias Sociales por la École des Hautes Etudes en Sciences Sociales de Paris
Roberto Breña	Doctor en Ciencia Política por la Universidad Complutense de Madrid
Ana Covarrubias	Doctora en Relaciones Internacionales por la Universidad de Oxford
Fernando Escalante	Doctor en Sociología por El Colegio de México
Gerardo Esquivel	Doctor en Economía por la Universidad de Harvard
Francisco Gil Villegas M.	Doctor en Estudios Políticos por la Universidad de Oxford
Bernardo Mabire	Maestro en Gobierno por la Universidad de Harvard
José Luis Méndez	Doctor en Ciencia Política por la Universidad de Pittsburgh
Mauricio Merino	Doctor en Ciencia Política por la Universidad Complutense de Madrid
Soledad Loaeza	Doctora en Ciencia Política por el Instituto de Estudios Políticos de París
Lorenzo Meyer	Doctor en Relaciones Internacionales por El Colegio de México
María del Carmen Pardo	Doctora en Historia por la Universidad Iberoamericana
Isabelle Rousseau	Doctora en Sociología por la École des Hautes Études en Sciences Sociales de Paris
Rafael Segovia	Maestro en Ciencia Política por el Instituto de Estudios Políticos de París
Fernanda Somuano	Doctora en Ciencia Política por la Universidad de Iowa

ÍNDICE

Año V, N° 7 • Verano de 2009

• ARTÍCULOS

El monstruo, el salvaje y el bárbaro contra el hombre griego 2
Edgar René Pacheco Martínez

El desarrollo de la bomba atómica en la segunda guerra mundial 12
Oswaldo Ariel Mena Aguilar

El apaciguamiento: los motivos detrás del fracaso 20
Gonzalo Almeyda Torres

Estados Unidos se acerca al África subsahariana independiente 32
Diego Michel Macías Woitrin

La historia puesta a prueba 42
Dessirée Colomé Méndez y Raúl Bravo Aduna

• ENTREVISTA

**Perspectivas sobre la nueva izquierda en América Latina:
entrevista con Peter H. Smith** 47

• PORTAFOLIO

Minimal Éxtasis 53
Aldo Suárez

EL MONSTRUO, EL SALVAJE Y EL BÁRBARO CONTRA EL HOMBRE GRIEGO:
LA NATURALEZA COMO MEDIO HOSTIL Y LA POLIS COMO ESPACIO
GENERADOR DE CULTURA EN LA *HISTORIA VERDADERA* DE
LUCIANO DE SAMOSATA

Edgar René Pacheco Martínez*

En este texto tengo como objetivo analizar la caracterización del Otro (del monstruo, del salvaje y del bárbaro) en oposición al Yo griego, así como la construcción de éste en relación con la ciudad -o *polis*- dentro del contexto de la *Historia Verdadera*¹, relato de ficción del autor griego Luciano de Samosata, quien tuvo una existencia llena de viajes por las amplias costas del mediterráneo y dedicada al ejercicio de las letras. De él se dice que vio la primera luz en la ciudad de Samosata, Siria –región por entonces bajo el dominio político de Roma pero culturalmente helénica – en el año 125 d. C. Durante el reinado de Marco Aurelio (161-180), viajó por todo lo largo y ancho del imperio romano como preceptor de retórica y de filosofía, hasta que decidió establecerse en Atenas en 165, donde permaneció por más de quince años, tiempo que fue muy fructífero para nuestro autor en términos literarios.

Luciano, en este texto, se burla de los historiadores como Herodoto que, en su opinión, exageraba los datos que en sus obras refería, como por ejemplo el relato sobre los habitantes de la India que eran, en la imaginería herodotiana, seres de un solo pie, de un solo

* Estudiante de cuarto semestre de la maestría en Estudios del sur de Asia de El Colegio de México.

¹ Para este ensayo breve utilizo la edición y traducción de Luciano de Samosata, *Relatos verídicos*, trad. Carlos García Gual, Madrid, Alianza, 1998.

ojo, con cabezas caninas. Luciano quiso en la *Historia Verdadera* contar al lector una historia basada en hechos abiertamente irreales. Su objetivo principal era entretener al público con una historia ficticia y, de paso, burlarse de los autores que pretendían escribir sobre cosas verdaderas cuando lo referido era, a todas luces, algo increíble incluso para hombres de la antigüedad, como lo era él mismo. No obstante su reconocida falsedad, el interés de la obra radica, para los fines de este escrito, en las descripciones de los monstruos, los salvajes o los bárbaros que muestran el concepto que los hombres instruidos en la cultura helénica tenían sobre el Otro, el ajeno a su esfera cultural.

El protagonista de la *Historia Verdadera* habla siempre en primera persona. En su juventud, deseoso de aventuras, se embarca con cincuenta compañeros más, también ardientes en anhelos de vivir y de ver cosas extraordinarias. Tras ser azotado por una tormenta y tras

*Luciano quiso en la
Historia Verdadera contar
al lector una historia
basada en hechos
abiertamente irreales.*

ser levantado por los fuertes vientos desde la superficie del mar, su navío es llevado por el espacio hasta el plano de las esferas celestes. Ahí son recibidos por los habitantes de la Luna que están en guerra con los habitantes del Sol. De esta manera comienza el relato de toda una serie de eventos increíbles y de las descripciones de aquellos seres que habitan en esos lugares fantásticos. Será a través de la mirada del protagonista, el joven heleno, que el lector descubrirá aquellos mundos y paisajes de maravilla.

Como el sofista Protágoras afirmara que “el hombre es la medida de todas las cosas”, de igual modo podría añadirse que si bien el hombre es la medida, la cultura de cada quien es el filtro mediante el cual conocemos el mundo. Y ésta no fue la excepción, pues aun Luciano no pudo deshacerse del lastre cultural en cuanto que los seres fantásticos, salvajes y bárbaros que pueblan su *Historia Verdadera* no dejan de ser imaginaciones propias de la mentalidad del educado dentro de la cultura helénica. Los personajes aparecidos en dicha obra son de dos tipos. Por un lado, tenemos al protagonista y a sus compañeros,

que representan al individuo griego; “el hombre” que por medio de la cultura –griega, obviamente– logra optimizar sus capacidades naturales apoyado en una educación ideal para tal fin; monstruos, salvajes y bárbaros que, a lo largo de la narración, aparecen como personajes crueles, caníbales, traicioneros, cobardes, groseros.

No obstante su reconocida falsedad, el interés de la obra radica en las descripciones de los monstruos, los salvajes o los bárbaros que muestran el concepto que los hombres instruidos en la cultura helénica tenían sobre el Otro.

En el relato del viajero cuando él, sus compañeros y su navío son devorados por una ballena de gigantescas proporciones, encuentran en el estómago de ésta una isla donde se levanta un bosque espeso, cruzado por ríos de agua clara y rodeado por bahías apacibles; deciden descender del barco y explorar el terreno con la finalidad de buscar y recoger víveres y, conforme se acercan, notan que hay campos cultivados. En este lugar hay, desde el punto de vista de los helenos, cultura: un campo sembrado –el cual debe ser visto como el ordenamiento del espacio natural, caótico y peligroso – en un espacio de menor tamaño – la huerta, el templo y la casa – que puede ser controlado y modificado por el hombre. De este modo, el joven viajero y sus compañeros reconocen que la isla está habitada no por salvajes, sino por gente con cultura. Caminan hacia el interior de la isla y encuentran una choza habitada por un viejo y su hijo. No es sorprendente saber que estos dos hombres, náufragos en el interior de la ballena, sean griegos. Y parece como si sólo por esto fueran capaces de cultivar la tierra, de construir acequias para regar los campos, de edificar un techo, e incluso de adaptar un templo a Poseidón. Habla el protagonista:

[...] tomé conmigo a siete de mis camaradas y me encaminé hacia el bosque, con la intención de escudriñarlo del todo. Y aún no habíamos recorrido por entero cinco estadios, cuando encontré un templo de Poseidón, según manifestaba su inscripción, y no muy distantes numerosas tumbas y estelas...Conque avanzamos apresuradamente y nos hallamos ante un viejo y un

muchacho que cultivaban con afán su huerto y que conducían a él mediante acequias el agua de la fuente².

Al entablar un diálogo, es importante señalar que forasteros y el par de agricultores se identifican a sí mismos como “seres humanos”, como si la simple apariencia física no diera los suficientes elementos para distinguirse de los Otros. Después de presentarse mutuos respetos, padre e hijo invitan a los recién llegados a su hogar donde comparten con ellos los dones de la hospitalidad, la cual era de gran importancia para las comunidades griegas. Narra el protagonista:

[...] guiándonos nos llevó hasta su casa -se había hecho una cabaña y había instalado unos jergones de hojarasca, y había dispuesto todo lo demás-, nos ofreció verduras y frutos secos y pescado, e incluso nos escanció vino³. (*Historia Verdadera* I, 33)

Conforme avanza la conversación entre el protagonista y los naufragos, éste se entera también de que la isla está habitada por varios grupos de seres no humanos. El viejo, al comentar las penalidades que sufren en la isla, termina diciendo lo siguiente:

Todas las cosas podemos soportarlas, pero nuestros vecinos y convecinos son muy rudos y molestos, siendo intratables y salvajes... inhospitalarios y de formas extrañas⁴.

Algunos de los seres monstruosos de la isla son individuos con cabeza de anguila y cuerpo de pez; otros, con formas de cangrejo; y otros tantos, pisciformes. Padre e hijo habitan la isla bajo la protección de uno de tales grupos de monstruos a cambio de un pago tributario. Pero que dos helenos vivan bajo la protección de seres monstruosos significa, a ojos helenos, que el mundo se ponga con las patas hacia arriba: para un griego vivir bajo la tutela de un no griego es inaceptable. Recordemos a Aristóteles quien, en la *Política*, cita un verso de la *Ifigenia en Áulide* de Eurípides para reforzar su argumento según el cual, siendo

² De Samosata, *op. cit.*, pp. 32-33.

³ *Loc. cit.*

⁴ *Ibid*, p. 35.

esclavos y bárbaros de naturaleza apropiada para obedecer, entonces “justo es que los helenos manden sobre los bárbaros.”⁵

El joven protagonista y sus compañeros deciden hacer la guerra a los opresores de sus congéneres. El deber del griego es conseguir vivir en “libertad”, pues su naturaleza así lo dispone aunque para conseguir su

El ordenamiento de la naturaleza sólo puede ocurrir a través de un heleno; por ejemplo el anciano y su hijo en la isla del interior de la ballena y Endimión en la luna. Cuando el griego es el que está sometido a un orden no humano -no griego-, el orden deja de serlo y debe transformarse.

objetivo tengan que eliminar al Otro –en este caso, a los grupos de criaturas salvajes y de apariencia animal. Los helenos se arman y declaran la guerra a los animalescos habitantes de la isla. Ya desde la primera batalla, los helenos ganan gracias a un ataque planeado estratégicamente, en tanto que los isleños son derrotados por carecer de una estrategia y por no saber recurrir a engaños, lo que delata poco o nada de astucia, propia de los seres inteligentes,

Pero nosotros, que habíamos previsto el ataque, los esperábamos armados hasta los dientes y habíamos adelantado veinticinco hombres para una emboscada... Así que, al caer sobre ellos por detrás, los dividieron, al tiempo que nosotros, que éramos también veinticinco... los atacamos de frente y nos enfrentábamos trabando combate con ánimo y coraje. Al final los pusimos en fuga y los perseguimos hasta sus guaridas.⁶

Al día siguiente, los monstruos marinos envían heraldos a los helenos para hacer la paz. Pero éstos rechazan cualquier pacto: los acuerdos se hacen entre iguales. Por el contrario, deciden exterminar a todos los monstruos de la isla para apoderarse de ella por completo; persiguen a esas criaturas a sus guaridas –no ciudades – y los eliminan. Los restantes escapan por las “branquias” de la ballena. Los aventureros, de esta forma, han

⁶ De Samosata, *op. cit.*, p. 37

obtenido la libertad, es decir, la capacidad de autogobernarse eliminando al Otro y, al mismo tiempo, reafirmandose como una sociedad de individualidades. Ya vacía la isla de enemigos, el protagonista relata,

[...] nos establecimos para vivir sin miedo en el futuro, dedicándonos a menudo a los deportes y a la caza, a trabajar el viñedo y a cosechar el fruto de los árboles.⁷

Por otra parte, cuando estos viajeros se encuentran con otros pueblos extranjeros, si estos viven organizadamente, ocurre que el responsable del ordenamiento social ha sido un individuo de la comunidad cultural griega. Cuando los viajeros helenos arriban a la luna, encuentran a un pueblo de forma humanoide pero con ciertas características que se acercan a lo superrealista: hojas de col adornan las posaderas de los lunáticos que, por si fuera poco, tienen una barriga hueca donde resguardan a sus crías de los peligros y de las inclemencias del tiempo –los marsupiales, claro, aún no eran del conocimiento de Luciano – o bien tienen ojos que pueden quitarse, ponerse o intercambiar con la familia y los amigos. Sin embargo, esta reversión de la naturaleza, esta anormalidad con respecto al mundo humano, es reordenada y organizada en cierta medida en un reino bajo la autoridad de un griego: Endimión, amante de la Luna, el cual había sido enviado a ese astro para gobernar sobre sus habitantes. El ordenamiento de la naturaleza sólo puede ocurrir a través de un agente, cuyo responsable es siempre un heleno; por ejemplo el anciano y su hijo en la isla del interior de la ballena y Endimión en la luna. Cuando el estado de las cosas es el inverso, esto es, cuando el griego es el que está sometido a un orden no humano -entiéndase no griego-, el orden deja de serlo y debe transformarse.

El segundo libro de la *Historia Verdadera* comienza cuando el joven viajero y sus compañeros llegan a la Isla de los

La ciudad es el lugar obvio para el heleno. “El hombre” es el griego que habita una polis.

bienaventurados. De acuerdo con la mitología griega, los hombres que habían llevado una

⁶ De Samosata, *op. cit.*, p. 37

vida virtuosa según los valores de la cultura helénica, después de muertos, iban a residir a una isla en la que disfrutarían de las veleidades de la vida eterna; un sitio de primavera constante, donde los árboles dan fruto interminablemente, donde se realizan competencias deportivas para que los héroes –Ulises, Agamenón, Menelao, Alejandro Magno y otros – se entretengan, donde se celebran banquetes en los que participan los sabios más grandes del mundo heleno, donde las recitaciones poéticas están a cargo del propio Homero, entre otras actividades felices.

En esta isla hay una ciudad, símbolo del orden impuesto por el hombre a la naturaleza. El

Los bárbaros eran los extranjeros; todos los que eran ajenos a los pueblos griegos y que, por tal razón, hablaban de manera deficiente la lengua helénica

hombre griego con la construcción de una ciudad crea y delimita también su propio espacio y dentro de esa esfera genera un orden artificial, es decir, un orden social. La ciudad griega es el lugar o el medio propicio para que el hombre -heleno, por supuesto- lleve a la plenitud su naturaleza humana a través de su desempeño como ciudadano de esa organización social. Es sobre este punto que Aristóteles afirma que “la ciudad es una de las cosas naturales, y que el hombre es por naturaleza un animal social, y que el separado por la sociedad por naturaleza y no por azar, o es mal hombre o más que hombre, como aquel a quien Homero increpa: “sin tribu, sin ley, sin hogar”, porque el proscrito por naturaleza es inmediatamente belicoso; semejante a una pieza aislada en el tablero.”⁸

Este ideal alcanza su máxima expresión en la Atenas de Pericles, ciudad que fue organizada de manera que los jóvenes que en ella nacían fueran criados para que se desarrollaran, ejercitando tanto cuerpo como alma, hasta llegar a ser individuos útiles a la polis. El cuerpo de cada individuo, pues, más que ser de su propiedad, pertenecía a la ciudad. Sin cuerpos, y por tanto sin ciudadanos, no había polis posible: los ciudadanos con

⁶ De Samosata, *op. cit.*, p. 37

su mente y con su cuerpo componían, en conjunto, el verdadero cuerpo de la ciudad -la ciudadanía, por lo general, era sólo para los varones hijos de gente nacida en la polis.

Según Duthoy, en *Qu'est-ce qu'une polis?*⁹, la polis es una “comunidad microdimensional, jurídicamente soberana y autónoma, de carácter agrario, dotada de un lugar central, que le sirve de centro político, social y religioso, que es también frecuentemente su única aglomeración”. La ciudad se levanta como el centro en torno al cual gira la vida de la comunidad y de los individuos que la componen, el campo donde el ser humano tiene la oportunidad de desarrollar hasta la perfección sus capacidades, lo cual sería imposible dentro de un medio natural desordenado, hostil, como la isla dentro de la ballena. La ciudad es el lugar obvio para el heleno mientras que la selva, el bosque y el mar constituyen, todos juntos, el lugar donde es imposible para él levantarse por encima de una bestia. En resumen, “el hombre” es el griego que habita una polis, de manera que sería inconcebible pensar en este concepto cultural griego careciendo de una polis como base. Ciudad y ciudadano conformaban, pues, una simbiosis: una no podría existir sin el otro.

Richard Sennet señala que las partes de la ciudad de Atenas estaba planificada según el papel que desempeñaba cada sujeto dentro de la comunidad política, los lugares abiertos como el ágora y el gimnasio eran los apropiados para que los ciudadanos —cuyo calor corporal era mayor por naturaleza— se ejercitaran física y mentalmente, mientras que la disposición arquitectónica de una casa era la adecuada para ocultar los cuerpos de las mujeres y de los esclavos —cuyo calor era menos por naturaleza debido a que no se ejercitaban ni fisiológicamente estaban preparados para producir calor. En cambio, los cuerpos de los ciudadanos sí lo generaban y lo poseían a causa del ejercicio físico y la práctica de la palabra, que producía también calor para las almas al ser escuchada y al conmoverlas. La ropa de los ciudadanos era ligera mientras que la de los esclavos y mujeres

⁹ R. Sennet, *Carne y piedra*, Madrid, Alianza, 1994, p. 54.

era pesada y ocultaba gran parte de sus cuerpos.¹⁰

De manera similar, los salvajes, los bárbaros y los monstruos carecían de calor cor-

Las actitudes de caracterizar al Otro, al ajeno, como un individuo con características negativas, es práctica común en todas las culturas humanas.

poral a causa de que no poseían, tampoco, de una ciudad en la que ejercitaran tanto cuerpo como alma. Por tanto, su naturaleza fisiológica y mental estaban atrofiadas –en el

caso de los salvajes y de los bárbaros–, ausentes –en el caso de los monstruos. Los salvajes, por otra parte, aunque poseían naturaleza humana no eran podían desarrollar cultura puesto que no habitaban en ciudad alguna y, por tanto, no podrían establecer un orden social. En *Historia Verdadera*, los salvajes viven en lugares agrestes, en cuevas, en montañas, resguardados por los bosques. Visten pieles de animales y se alimentan de frutos silvestres o de aquello que logran cazar como animales depredadores. Son, en efecto, incapaces de dominar su propia naturaleza y, por el contrario, son dominados y azotados por ella. Relata, por ejemplo, el protagonista de *Historia Verdadera* cuando arriban a una isla que:

[...] poblaban unas gentes salvajes, los bucéfalos, que tiene cuernos, como entre nosotros representan en imagen al Minotauro. Desembarcamos y avanzamos en busca de agua... Los unos, al vernos, se lanzaron a perseguirnos, y capturaron a tres de mis camaradas, mientras los demás huimos hasta el mar. Luego, cuando todos nos hubimos armado... atacamos a los bucéfalos que estaban repartiéndose las carnes de los capturados. Aterrorizamos a todos y los perseguimos y matamos alrededor de cincuenta [...]¹¹

Los bárbaros, por otro lado, eran los extranjeros; es decir, todos los que eran ajenos a los pueblos griegos y que, por tal razón, hablaban de manera deficiente la lengua helénica. De ahí el origen de la palabra *bárbaro*, que significaba aquel individuo que, al querer comunicarse con los helenos, balbuceaba la lengua de éstos produciendo solamente sonidos parecidos a un *bar-bar*. Para autores como Aristóteles aunque los bárbaros, cuya naturaleza era la de un ser incapaz de levantarse por encima de la condición de mujeres y esclavos – que

¹⁰ De Samosata, *op. cit.*, p. 44.

¹¹ *Loc. cit.*

poseían cuerpos sin calor de cuerpo y de alma –, habitaran ciudades, inevitablemente eran gobernados por reyes y, en consecuencia, se sometían a la voluntad de otro.

Los monstruos de Luciano, por carecer de todo rasgo humano, a pesar de actuar como los hombres -viven en comunidad, hacen guerra, negocian la paz-, carecen de toda condición natural que los acerque a la humanidad y, por ello, son incapaces de gobernar a otros. Recordemos la historia del viejo y de su hijo, sometidos a la autoridad de los monstruos marinos quienes, incapacitados para el autodomínio, estaban destinados a perder el dominio sobre los demás e incluso a ser exterminados, como debía acabarse con aquellos gobernantes que se convertían en tiranos. Para Luciano y para sus coterráneos, pues, no habría otra manera de existir dignamente más que pertenecer a una ciudad y extraer de ella el refinamiento de la cultura. Aún para él, que vivió ya en una Grecia dominada por los romanos, los bárbaros continuaban siendo aquellos que estaban fuera de la esfera cultural grecorromana. Los salvajes y los bárbaros eran los otros, los que habitaban tierras lejanas y los que no se dominaban a sí mismos. Las actitudes de caracterizar al Otro, al ajeno, como un individuo con características negativas, es práctica común en todas las culturas humanas. Quizá reconocerlo permitiría reconocer la diferencia como un producto cultural y aceptarla como una cualidad inherente de los grupos humanos.☞

EL DESARROLLO DE LA BOMBA ATÓMICA EN LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Oswaldo Ariel Mena Aguilar*

*Entender el mundo de 1945 no significa compartir sus valores en 1991.
Un análisis histórico cuidadoso de ese mundo requiere no confundir
las razones de los líderes para usar la bomba atómica
con nuestros deseos de una decisión distinta.*

BARTON J. BERSTEIN, 1975

12

EL HOLOCAUSTO NUCLEAR EN LA segunda guerra mundial fue un parteaguas histórico. En efecto, después de la victoria aliada y durante el medio siglo que duró la rivalidad entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, el potencial destructivo de la bomba atómica fue el pilar de un orden de temor e incertidumbre sin precedentes. Como nunca antes en la historia humana, la posibilidad de la aniquilación total fue una amenaza cotidiana. Este terrible poder de destrucción arroja, necesariamente, varias interrogantes. ¿Qué motivó el ataque nuclear? ¿Fueron consideradas otras alternativas? Si así fue, ¿qué impidió su ejecución? En este ensayo exploraré el proceso de toma de decisiones que dio origen al bombardeo nuclear de las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki de 1945. Confío poder ofrecer una respuesta tentativa a estas preguntas.

* Estudiante de sexto semestre de la licenciatura en Relaciones Internacionales de El Colegio de México.

La necesidad de asegurar la participación de la URSS en la guerra del Pacífico, explica el resultado de los acuerdos de Yalta.

LA HERENCIA DE ROOSEVELT

Para explicar el desarrollo del proyecto de energía nuclear es necesario comentar, brevemente, los motivos que dieron forma a la política exterior norteamericana de Franklin D.

Roosevelt; en particular, su relación con los aliados soviéticos durante la conferencia de Yalta de 1945. Según Henry Kissinger, en esa reunión, Roosevelt mostró una buena voluntad a Stalin, cercana, incluso, a la ingenuidad. Esto explica que el presidente norteamericano afirmara, en 1943, la posibilidad de un mundo de posguerra dividido en esferas de influencia y que, además, aceptara las demandas rusas de una zona de seguridad en Europa del Este.¹ Barton J. Bernstein tiene una hipótesis distinta: fue la necesidad de asegurar la participación de la URSS en la guerra del Pacífico, antes que la ingenuidad del presidente Roosevelt, lo que explica el resultado de los acuerdos de Yalta.

13

La participación de la URSS en la ofensiva a Japón no era una cuestión de importancia secundaria. Sin la ayuda soviética, el desembarco norteamericano en Kyushu hubiera costado 30 000 bajas en los primeros 30 días, según informó el general George Marshall.² Por lo tanto, es plausible afirmar que Roosevelt procuró sostener, en los mejores términos posibles, su relación con Stalin: por los beneficios militares que resultarían de esa alianza, y el costo político que implicaría, en términos de bajas norteamericanas, un desembarco sin la ayuda soviética.

Otro hecho —que es el tema principal de este ensayo— me lleva a concordar con la hipótesis de Bernstein sobre la naturaleza de las concesiones hechas a la URSS: Roosevelt ocultó, consistentemente, a Stalin el desarrollo de un arma atómica de destrucción masiva. Esta política de aislamiento hace posible afirmar que la confianza de Roosevelt en los rusos no era

¹ Henry Kissinger, “Tres enfoques a la paz. Roosevelt, Stalin y Churchill durante la Segunda Guerra Mundial” en *La diplomacia*, México, FCE, 1995, pp. 379-408

² Barton J. Bernstein, “Roosevelt, Truman and the Atomic Bomb, 1941-1945: A Reinterpretation” (en adelante, “Roosevelt, Truman and the Atomic Bomb”), *Political Science Quarterly*, 90 (1975), pp. 23 – 69.

absoluta o cercana a la ingenuidad, como sostiene Kissinger, y que el presidente norteamericano suponía que el potencial destructivo de la bomba sería una herramienta de negociación eficaz para los acuerdos de posguerra. Como explica la historia oficial de la *Atomic Energy Commission*, “Roosevelt [...] sabía que la bomba era un avance tecnológico tan revolucionario que trascendía al sangriento trabajo de derrotar al enemigo alemán”.³

El proyecto de desarrollo nuclear había comenzado mucho antes de la conferencia de Yalta. En octubre de 1941 Vannebar Bush, consejero del presidente en asuntos científicos y jefe del *Office of Scientific Research and Development*, recomendó a Roosevelt el uso de la energía atómica como

Roosevelt ocultó, consistentemente, a Stalin el desarrollo de un arma atómica de destrucción masiva. Esta política de aislamiento hace posible afirmar que la confianza de Roosevelt en los rusos no era absoluta o cercana a la ingenuidad.

una alternativa eficiente para derrotar a los países del Eje. Con la colaboración de Canadá y Gran Bretaña, ese mismo año, comenzó el *Proyecto Manhattan*, dirigido por el físico norteamericano J. R. Oppenheimer y bajo la supervisión del general Leslie R. Groves.⁴

Conforme se desarrollaba la bomba, la política de exclusión soviética se consolidaba. En agosto de 1943, Roosevelt acordó con Gran Bretaña que ambas naciones nunca usarían la bomba en contra de la otra, en contra de terceros sin el consentimiento de otro, y que no informarían acerca de la existencia de ésta... a menos que fuera por consentimiento mutuo.⁵ En junio de 1944, el presidente norteamericano y el primer ministro británico firmaron un acuerdo para cooperar con el control y adquisición de uranio y torio, minerales requeridos para el desarrollo de la bomba. Este acuerdo equivalía a afirmar el monopolio angloamericano sobre el

³ Barton Bernstein, art.cit., p. 27

⁴ “The Atomic Bombings of Hiroshima and Nagasaki”, Yale Law School, <http://www.yale.edu/lawweb/avalon/abomb/mp01.htm>, 4 de octubre de 2008.

⁵ Barton Bernstein, art. cit., p. 27

desarrollo nuclear y continuar la política de exclusión de la URSS. Sin embargo, esta decisión no contó con el consenso de todos los actores involucrados en el proyecto.

Vannevar Bush temía que ocultar el desarrollo de la bomba estropear la relación futura con los rusos y diera origen a una carrera armamentista que impidiera el control internacional del arsenal atómico y la paz. Ambos científicos pidieron al presidente, sin éxito, que informara a la Unión Soviética del *Proyecto Manhattan*. El científico danés Niels Bohr, llegado a Estados Unidos en 1944 como auxiliar en el desarrollo del proyecto, hizo una propuesta similar a la de Bush y Contant: compartir información acerca del desarrollo de la bomba con la URSS para evitar una carrera armamentista y crear una comisión internacional que controlara el desarrollo nuclear. La respuesta del presidente norteamericano en los acuerdos de *Hyde Park* con Gran Bretaña, el 18 de septiembre del mismo año, fue proponer un cerco de vigilancia a las actividades de Bohr e ignorar las recomendaciones de Bush.⁶

Aunque el presidente norteamericano no tuvo inconveniente en ocultar el proyecto nuclear a la URSS, algunas declaraciones indican que no estaba convencido del uso de la energía nuclear con fines bélicos. En una reunión, tres días después del acuerdo de Hyde Park, el presidente consideró la posibilidad de que el uso de la bomba fuera solamente demostrativo.⁷ Sin embargo, aunque manifestara dudas sobre una acción militar directa que involucrara el poder atómico, Roosevelt no volvió a mencionar la cuestión durante sus últimos 4 meses en la presidencia. En su última reunión con el secretario de guerra, Henry L. Stimson, el 15 de marzo de 1945, el presidente no expresó ninguna intención de alterar la política de secreto con la URSS.

⁶ “Deben hacerse investigaciones [...] sobre las actividades del profesor Bohr y debemos tomar acciones para asegurar que no sea responsable de que se filtre información, sobre todo a los rusos” (Franklin D. Roosevelt, citado por Martin Sherwin, “The Atomic bomb and the Origins of the Cold War: U.S. Atomic Energy Policy and Diplomacy 1941 - 1945” en *The American Historical Review*, 78 (1973), p. 959.

⁷ *Ibid*, p. 962

Tras la muerte de Roosevelt, el 12 de abril de 1945, el vicepresidente Harry S. Truman heredó, además de la carga de haber sucedido a uno de los presidentes más carismáticos de la historia norteamericana, las políticas y preocupaciones de su antecesor sobre la guerra y el proyecto nuclear. El nuevo presidente norteamericano estaba consciente de la existencia del *Proyecto Manhattan*, pero desconocía que su finalidad fuera el desarrollo de una bomba atómica. El secretario de guerra Henry L. Stimson y el, recientemente nombrado, Secretario de Estado, John F. Byrnes, informaron al nuevo presidente los objetivos del plan nuclear e hicieron énfasis en su posible uso para alcanzar un acuerdo de posguerra favorable a los Estados Unidos.⁸ Oppenheimer explicó, elocuentemente, el potencial destructivo de la bomba, recordando al presidente que el arma sería fatal en un radio de al menos dos tercios de milla. Algunos miembros del ejército, sin embargo, se mostraron escépticos sobre el potencial destructivo de la bomba atómica e insistieron en la necesidad de un desembarco conjunto en Japón que minimizara las bajas norteamericanas.⁹

Sin decidirse por ninguna de ambas propuestas, y tras haberse informado a cabalidad de la naturaleza del proyecto, Truman conservó la cautela de su antecesor hacia la Unión Soviética. Los motivos de esta decisión eran los mismos: la bomba atómica podía ampliar el margen de negociación de los Estados Unidos sobre las condiciones de la posguerra. En efecto, si los resultados de las pruebas confirmaban la capacidad de la bomba, la presión por obtener la ayuda soviética en la guerra del Pacífico se desvanecería. Con este resultado, los Estados Unidos podrían obtener un acuerdo de posguerra más acorde a sus intereses. La insistencia del presidente Truman por postergar la siguiente reunión de los dirigentes del frente aliado (la conferencia de Potsdam), hasta haber recibido los resultados de las pruebas de la bomba atómica, parece confirmar lo anterior.

⁸ “[...]La bomba podría hacernos capaces de dictar nuestros propios términos al fin de la Guerra” (Franklin D. Roosevelt, citado por Martin Sherwin, *Art. cit.*, p. 964).

⁹ El 18 de junio de 1945 el Comité de Inteligencia del ejército norteamericano aseveró: “la entrada de la URSS en la guerra [del Pacífico] convencería finalmente a los japoneses de la inevitabilidad de una derrota absoluta” (Alperovitz, Messer, Bernstein, “Marshall, Truman, and the Decision to Drop the Bomb” en *International Security*, 16 (1991), p. 207).

La principal razón para desechar una demostración no militar del potencial de la bomba fue la necesidad de alcanzar una victoria inmediata y disminuir el número de bajas norteamericanas.

El 16 de julio de 1945, en Alamogordo, Nuevo México, la masiva capacidad destructiva de la bomba atómica quedó confirmada. A partir de entonces, la política de conciliación que Roosevelt había sostenido con la URSS dio paso al endurecimiento de las demandas

norteamericanas —la liberalización de los países ocupados por los soviéticos en Europa del Este— y a un cambio en la actitud del presidente norteamericano.¹⁰

Al final de la conferencia, el 24 de julio, Truman anunció a Stalin la existencia de una nueva y poderosa arma, sin precisar su naturaleza. Aunque este cambio en la política de conciliación con la URSS contribuyó significativamente a definir la rivalidad de las siguientes décadas, sería erróneo, en mi opinión, atribuir a estas consideraciones estratégicas un intento premeditado de crear la rivalidad que tomaría forma a lo largo de los años posteriores. En efecto, Truman no tenía en mente un enfrentamiento de las dimensiones de la Guerra Fría. Su intención no fue una ruptura definitiva con los aliados soviéticos, sino la ampliación del margen de maniobra norteamericano en las negociaciones posteriores. Esta es la primera de las razones que, según se argumenta en este ensayo, explican el uso de la bomba atómica. La segunda razón está relacionada con la exploración de distintas alternativas al ataque nuclear.

LAS ALTERNATIVAS AL USO DE LA BOMBA Y LA DECISIÓN FINAL

Como he mencionado anteriormente, el presidente Truman conocía las dimensiones y el potencial destructivo de la bomba atómica. Este hecho me remite a las preguntas planteadas al principio de este ensayo. ¿Fueron consideradas otras alternativas al bombardeo directo? ¿Hubo restricciones de tipo moral para evitar la masacre de los japoneses?

¹⁰ Tras la conferencia de Potsdam, Winston Churchill telegrafió a Londres: “Truman evidentemente estaba más fortalecido y se enfrentó a los rusos de manera más enérgica” (Bernstein, “Roosevelt, Truman and the Atomic Bomb” p. 49).

En dos reuniones –en mayo de 1945 y el 18 de junio en la Casa Blanca— se discutió brevemente la propuesta de Roosevelt, es decir, la posibilidad de limitar el uso de la bomba a un efecto demostrativo. También se debatió la opinión del secretario de guerra, Henry L. Stimson, quien sugirió concentrar el bombardeo nuclear a un área industrial y evitar su uso en zonas civiles. Finalmente, se consideró la posibilidad de modificar los términos de las exigencias hechas a Japón, e intercambiar la rendición incondicional por un armisticio que preservara el orden imperial de Japón.¹¹ Esta última propuesta fue desechada con el argumento de John F. Byrnes. El secretario de estado afirmó que preservar la monarquía en Japón podría asegurar la rendición pero no la victoria, pues grupos de resistencia podrían erigirse en torno a la figura simbólica del emperador. Por otra parte, la principal razón para desechar una demostración no militar del potencial de la bomba fue la necesidad de alcanzar una victoria inmediata y disminuir el número de bajas norteamericanas. En efecto, como afirmó el secretario de guerra, “El principal objetivo era la victoria [...] Si ésta podía acelerarse usando la bomba, debía usarse”.¹²

Mientras la pérdida de vidas norteamericana continuaba en el frente, arriesgar una victoria cercana por consideraciones morales con el enemigo –deshumanizado por la propaganda y transformado en la encarnación de la tiranía, la depravación y en el símbolo de una enemistad irreconciliable— era políticamente riesgoso. Además, a pocos norteamericanos les preocupaba la masacre de ciudadanos japoneses o el bombardeo brutal de las ciudades enemigas: la campaña mediática les había convencido de que tales eran las necesidades de la guerra. Así, después de 6 meses de bombardeo convencional, la bomba *Little Boy* fue arrojada en la ciudad de Hiroshima, el 6 de agosto de 1945. Ese mismo día, el presidente norteamericano declaró: “Hace dieciséis horas un aeroplano norteamericano dejó caer una bomba en la ciudad enemiga de Hiroshima, Japón, y la destruyó. La bomba tenía más poder que

¹¹ Berstein, “Roosevelt, Truman and the Atomic Bomb”, p. 39

¹² *Ibid.* p. 60

20 mil toneladas de T.N.T. y dos mil veces más poder que el *Grand Slam* británico: la mayor bomba jamás usada en la historia de la guerra.”¹³

Tres días después, el bombardeo nuclear fue repetido sobre la ciudad de Nagasaki. Veintidós mil personas, en su mayoría civiles, murieron por ambos ataques, y miles más sufrieron las consecuencias de la radiación. Seis días después del segundo bombardeo, Japón anunció su rendición incondicional a los poderes aliados. Con esta decisión, la guerra más sangrienta y devastadora de la historia humana había llegado a su fin.

CONCLUSIONES

Al considerar las alternativas al uso del poderío nuclear, los asesores de la presidencia norteamericana y el propio presidente se enfrentaron a un hecho de cruda eficacia: la bomba atómica era el medio más rápido para conseguir la rendición japonesa en términos favorables a los Estados Unidos, y la mejor manera de ampliar su margen de maniobra en los acuerdos de posguerra. Aunque la complejidad del proceso, los numerosos actores involucrados y el limitado espacio de este ensayo me impidan concluir con una respuesta definitiva, considero que estos motivos pueden explicar, al menos parcialmente, por qué los Estados Unidos sacrificaron, en nombre de la guerra, a millones de seres humanos en Hiroshima y Nagasaki.

Al estudiar el segmento de la historia que concluyó en holocausto nuclear, resulta inevitable formarse opiniones que reflejan nuestra propia moralidad. Sin embargo, hay ocasiones en que nuestras exigencias morales exceden la naturaleza, necesariamente pragmática, de la política de tiempos de guerra y su toma de decisiones. El ataque nuclear de 1945 es, en mi opinión, muestra de ello. ∞

¹³ “The Atomic Bombings of Hiroshima and Nagasaki”, Yale Law School, <http://www.yale.edu/lawweb/avalon/abomb/mp01.htm>

EL APACIGUAMIENTO: LOS MOTIVOS DETRÁS DEL FRACASO

Gonzalo Almeyda Torres*

LA RESPUESTA DE GRAN BRETAÑA al expansionismo de la Alemania nazi culminó en un fracaso estrepitoso. Si el objetivo de esta política era restablecer el equilibrio de poder en Europa, sentar las bases de un orden más justo y, como su nombre sugiere, garantizar la paz, casi sobra mencionar cuán antitético fue su resultado: la mayor catástrofe bélica en la que se haya sumido la humanidad en la historia. En caso de que su objetivo haya sido ganar tiempo para avanzar en el rearme de Inglaterra, el diagnóstico sigue siendo sombrío. En 1938, cuando Hitler puso a Checoslovaquia en la mira, la balanza de la fuerza militar favorecía a los países occidentales; cuando se desató la guerra el año siguiente, el escenario se había modificado sustancialmente en favor de Alemania.

En este ensayo indago sobre los factores que explican la política exterior británica en el preludio de la segunda guerra mundial. Mis investigaciones me conducen a proponer las siguientes hipótesis: La adopción de la fallida política de apaciguamiento estuvo motivada por consideraciones de política interna —la debilidad de la economía, el temor a la guerra y la oposición de los Dominios del Imperio, entre otras. A partir del desencanto posterior a la crisis de Munich, el mantenimiento de esta política, que ya comenzaba a ser percibida por muchos como una estrategia equivocada, se debió crecientemente a la influencia personal del primer ministro, Neville Chamberlain.

* Estudiante de sexto semestre de la licenciatura en Relaciones Internacionales en El Colegio de México.

APROXIMACIÓN TEÓRICA Y DELIMITACIÓN HISTÓRICA

El “apaciguamiento” es una estrategia de política exterior con la que una potencia satisfecha pretende responder a los reclamos de un Estado revisionista. Es sólo una entre varias respuestas posibles, como pueden ser la disuasión, la contención o la inacción. Entre las numerosas definiciones disponibles, resulta especialmente relevante para la teoría de relaciones internacionales la de Hans Morgenthau, quien la describe como “una política corrupta de compromiso, configurada equivocadamente por confundir una política imperialista con una de mantenimiento del *status quo*”.¹ Esta definición se sustenta en la tradición historiográfica clásica, que buscaba imputar responsabilidades a los estadistas europeos por no haber podido evitar la segunda guerra mundial.²

Para fines de este ensayo, que se mueve en la frontera entre la descripción histórica y el análisis propio de la ciencia política, prefiero la definición propuesta por el historiador Paul Kennedy, para quien se trata de una “política de resolución de

El apaciguamiento se ha presentado en más de una ocasión en la historia. Sin embargo, suele identificársele con la respuesta de las democracias occidentales a la política expansionista de la Alemania Nazi.

conflictos internacionales que consiste en admitir y satisfacer agravios mediante la negociación racional y el compromiso, buscando evitar un conflicto armado que sería costoso, sangriento y posiblemente muy peligroso”.³

¹ Cit. por J.L. Richardson, en “New Perspectives on Appeasement: Some Implications for International Relations”, *World Politics*, 3 (1988), p. 291.

² Como la mayoría de los acontecimientos que han sido determinantes para el curso de la historia, el apaciguamiento ha sido objeto de una interpretación pendular: el enfoque clásico ha sido rebatido por un revisionismo apologético, cuestionado a su vez por un contra-revisionismo y ha desembocado en intentos de síntesis post-revisionista. Para una revisión historiográfica del apaciguamiento, véase: Ralph B.A. Dimuccio, “The Study of Appeasement in International Relations: Polemics, Paradigms and Problems”, *Journal of Peace Research*, 2 (1998), pp. 245-259.

³ “The Tradition of Appeasement in British Foreign Policy”, *Strategy and Diplomacy, 1870-1845: Eight Studies*, Londres, Allen & Unwin, 1983, p. 16.

El apaciguamiento se ha presentado en más de una ocasión en la historia, algunas veces con resultados satisfactorios. Como ejemplo se puede ofrecer la inclusión de Francia en el concierto europeo resultante del congreso de Viena de 1815, o el traspaso pacífico entre Gran Bretaña y Estados Unidos de la estafeta de hegemonía marítima en el Caribe en los primeros años del siglo XX. Sin embargo, suele identificársele con la respuesta de las democracias occidentales a la política expansionista de la Alemania nazi.

A pesar de que tanto Francia como Estados Unidos siguieron una política semejante, el término “apaciguamiento” se encuentra vinculado principalmente al nombre y prestigio de Gran Bretaña. Existen discrepancias sobre el momento en que Inglaterra adoptó esta estrategia de política exterior: algunos la ven como una secuela de la política tradicional decimonónica de equilibrio de poder; otros identifican como punto de partida el último tercio del siglo XIX, cuando comienza el declive del imperio británico; también hay quien sostiene que tiene sus raíces en el Tratado de Versalles.⁴

En este ensayo concentro mi atención en el periodo que va de mayo de 1937, cuando Neville Chamberlain toma posesión como primer ministro, a la invasión de Praga en marzo de 1939, acontecimiento que despedazó la legitimidad y viabilidad del apaciguamiento. Comienzo con una descripción de la distribución internacional de poder y sus modificaciones en el periodo. Posteriormente analizo algunos factores en el ámbito interno que condicionaron la toma de decisiones en política exterior. Finalmente evaluó el proceso de toma de decisiones, poniendo especial atención en la participación y responsabilidad de los estadistas.⁵

⁴ Véase, respectivamente: Paul W. Schroeder, “Munich and the British Tradition”, *The Historical Journal*, 1 (1976), pp. 223-243; P. Kennedy, art. cit.; y Martin Gilbert, *The Roots of Appeasement*, Nueva York, New American Library, 1966.

⁵ Baso mi esquema de exposición en la metodología propuesta por Robert Jervis en “Political Science Perspectives”, Robert W. Boyce y Joseph A. Maiolo, *The Origins of World War Two: The Debate Continues*, Bristol, Palgrave, 2003, pp. 207-226.

CONSECUENCIAS DEL APACIGUAMIENTO EN LA DISTRIBUCIÓN INTERNACIONAL DE PODER

Cuatro episodios marcaron el ritmo de las relaciones internacionales entre 1938 y 1939: 1] la anexión de Austria al Tercer Reich (*Anschluss*); 2] la crisis de Munich; 3] la invasión de Praga, con el consecuente desmembramiento de lo que restaba de Checoslovaquia; y 4] la invasión de Polonia, que desató la segunda guerra mundial. Para ponderar adecuadamente los efectos de estas transformaciones sobre la distribución internacional de poder es indispensable evaluar la posición de las principales potencias.

El tratado de Versalles había sentado las bases de un orden muy inestable, contrario al equilibrio de poder en el centro de Europa. Alemania, aun después de la derrota, tenía la población y capacidad industrial suficientes para convertirse en el Estado más fuerte del continente. El Tratado de Versalles buscaba impedirlo mediante restricciones militares y territoriales. No sólo se exigía el pago de reparaciones muy elevadas y se limitaban las posibilidades de rearme, sino que territorios poblados por alemanes quedaron excluidos del Estado alemán, en flagrante contravención al nuevo principio de legitimidad internacional: la autodeterminación de los pueblos. Esto explica que Alemania se comportara como una potencia insatisfecha durante todo el periodo de entreguerras, independientemente de su forma de gobierno.

Francia, preocupada permanentemente por su seguridad, tenía como principal objetivo limitar el poder de Alemania, para lo cual siguió varias políticas, desde la insistencia en el cumplimiento del tratado hasta el establecimiento de alianzas militares con las potencias menores de Europa del Este. Sin embargo, su debilidad era tal que todas sus acciones de política exterior estaban supeditadas a recibir el apoyo de la Gran Bretaña, como garante de su seguridad. Estados Unidos mantenía una política de aislacionismo y la Unión Soviética era una gran incógnita, vista con gran desconfianza e incertidumbre; por lo tanto, Gran Bretaña se vio obligada a asumir la defensa del orden internacional.

Durante los años treinta, Gran Bretaña era la mayor potencia de Europa y extendía su imperio por todos los mares. Sin embargo, desde el último tercio del siglo XIX venía registrando una disminución progresiva en su poder relativo, acelerada por el esfuerzo de la primera guerra mundial. Muy pronto su seguridad se vio amenazada en tres regiones del mundo por los reclamos de potencias revisionistas: Japón en Asia, Italia en el mediterráneo y Alemania en Europa. El desafío alemán fue considerado prioritario; si Alemania lograba ser controlada, ni Japón ni Italia se atreverían a declarar la guerra.

A partir de 1933 se incorporaron a los reclamos de Alemania los objetivos de política exterior del nacionalsocialismo, que consistían fundamentalmente en la obtención de espacio vital (*Lebensraum*) en el Este de Europa, con base en una concepción racial del Estado. Esta política expansionista se

La expansión alemana hacia el Este comenzó con la anexión de Austria en marzo de 1938, valiéndose de técnicas de subversión y extorsión al tiempo que se amparaba en el principio de autodeterminación de los pueblos.

justificó en primera instancia como un reclamo legítimo ante las injusticias de Versalles. La pasividad de las potencias occidentales ante la temeraria remilitarización de la Renania en 1936, permitió que Alemania avanzara con mayor agresividad sus reclamos, respaldada por un frenético esfuerzo de rearme.

La expansión alemana hacia el Este comenzó con la anexión de Austria en marzo de 1938, valiéndose de técnicas de subversión y extorsión al tiempo que se amparaba en el principio de autodeterminación de los pueblos. El territorio austriaco constituía una plataforma geoestratégica inmejorable para alcanzar su siguiente objetivo, puesto que brindaba tres frentes para atacar a Checoslovaquia. Para justificar su siguiente paso Alemania invocó nuevamente el principio de autodeterminación de las mayorías alemanas que vivían en la región checoslovaca de los Sudetes.

Tanto Francia como la Unión Soviética habían firmado tratados de asistencia mutua con Checoslovaquia, que las comprometían a acudir en su ayuda en caso de un ataque alemán. La posible derrota de Francia habría significado una amenaza insoportable a la seguridad de Inglaterra, por lo que en caso de guerra, se vería forzada a acudir en su auxilio. La crisis de los Sudetes estuvo a punto de desembocar en la guerra, pero finalmente fue resultada por el tratado de Munich, con el que se cedieron a Alemania los territorios que reclamaba.

Hasta entonces la política exterior de Gran Bretaña consistió en ceder a los reclamos de Alemania para preservar la paz. Esto se explica, en parte, porque Alemania se había cuidado de plantear sus reclamos en términos del principio de legitimidad imperante. El expansionismo alemán se deshizo de estos escrúpulos en marzo de 1939, cuando el *Reich* invadió el resto del territorio de Checoslovaquia, poblado por mayorías no alemanas. Como consecuencia de esta invasión, Gran Bretaña abandonó la política de apaciguamiento y la sustituyó por una de establecimiento de alianzas e intercambio de garantías con los países supervivientes de Europa del Este, con la intención de disuadir a Alemania de emprender nuevas aventuras expansionistas.

CONDICIONANTES INTERNAS DE LA POLÍTICA EXTERIOR

Gran Bretaña era una democracia. A diferencia del régimen totalitario con el que tenía que lidiar, el gobierno británico enfrentaba la oposición de los laboristas en el parlamento y opiniones disidentes en su propio partido.⁶ Los medios de comunicación, aunque mantenían una relación estrecha con el gobierno, no eran meros instrumentos de propaganda a su servicio y constituían una fuente valiosa de información fidedigna para los agentes del exterior. El

⁶ Los laboristas votaban sistemáticamente en contra de cualquier propuesta de rearme, no tanto por una convicción pacifista, sino por considerar inmoral incrementar la fuerza militar de un Estado imperialista que podría utilizarla para avanzar los intereses del capitalismo. Véase A.J.P. Taylor, "Between the Wars: The Search for a Policy", *The Trouble Makers Dissent over Foreign Policy, 1792-1939*, 1957, pp. 167-200. La voz opositora más sobresaliente en el seno del partido conservador era la de Winston Churchill, quien percibió desde muy temprano que Hitler no podría ser apaciguado, véase su recuento de la época en *The Second World War: The Gathering Storm*, Cambridge, Houghton Mifflin, 1948, pp. 239-339.

gobierno corría el riesgo genuino de perder las elecciones; por lo tanto, tenía que preocuparse por mantener el apoyo de la mayoría del electorado, lo cual implicaba la necesidad de atender los reclamos de la opinión pública.

Los ciudadanos de las democracias occidentales rechazaban enfáticamente la posibilidad de enfrascarse en una guerra. Este sentimiento generalizado tenía sus raíces en la devastación y el sufrimiento provocados por la primera guerra mundial, y era compartido por la mayoría del *establishment* político, empezando por el primer ministro, quien opinaba sobre la guerra: “no gana nada, no cura nada, no concluye nada”.⁷ El rechazo a la guerra se manifestaba de formas muy diversas: condena en la prensa, publicación de libros, representación de obras de teatro, organización de movilizaciones, desfiles, peticiones, boicots, demostraciones, panfletos, discursos y la proliferación de organizaciones pacifistas como la *Peace Pledge Union*.⁸

A esta aversión a la guerra por sí misma hay que sumar un sentimiento de culpa por la responsabilidad que había tenido Inglaterra en la imposición de las injustas condiciones de paz a los alemanes. La necesidad de atender a los deseos de la opinión pública imponían límites claros a las decisiones de política exterior del gobierno: “tanto el gobierno como la opinión pública se convencieron mutuamente de que las demandas revisionistas de Alemania eran básicamente justificadas y que faltaban tanto la justificación moral como los medios para imponer medidas de represalia”.⁹

Una serie de consideraciones económicas apuntalaban la percepción de que el apaciguamiento era la mejor política exterior posible. La alternativa era intensificar el gasto

⁷ Cit. por Sydney Aster, “Guilty Men: The Case of Neville Chamberlain”, *Paths to War: New Essays on the Origins of the Second World War*, Londres, MacMillan, 1989, p. 242.

⁸ Esta organización, fundada en 1936 por un pastor anglicano, fue la organización pacifista más influyente de la época. Llegó a aglutinar a casi 130,000 afiliados y publicaba su propio periódico, donde generalmente se apoyaba la política de apaciguamiento. Durante los años treinta se crearon más de cincuenta organizaciones de este tipo. Véase: David C. Lukowitz, “British Pacifists and Appeasement: The Peace Pledge Union”, *Journal of Contemporary History*, 1 (1974), pp. 115-127.

⁹ Gustav Schmidt, “The Domestic Background to British Appeasement Policy”, Wolfgang Mommsen y Lothar Kettenacker, *The Fascist Challenge and the Policy of Appeasement*, Londres, Allen & Unwin, 1983, p. 113.

militar para acumular un poder suficiente para disuadir a Alemania de llevar a cabo acciones contrarias a los deseos de Gran Bretaña. Esto, sin embargo, implicaba una redistribución de los recursos del presupuesto en detrimento de los programas sociales, lo que naturalmente se reflejaría en una disminución de apoyo entre el electorado.

Además, la convicción sobre la inviabilidad económica de un aumento en el gasto militar prevalecía entre los ministros del gabinete (nuevamente sobresale Chamberlain, quien se había desempeñado como “*Chancellor of the Exchequer*” de 1931 a 1937). El cálculo era bastante razonable: la capacidad industrial debería concentrarse en la producción de armamentos, con una consecuente disminución en las exportaciones; aun así, Gran Bretaña no tendría la capacidad industrial suficiente para alcanzar toda la producción militar requerida y se vería obligada a importar armamentos. El efecto combinado de estos fenómenos sobre la balanza de pagos desataría una espiral inflacionaria y precipitaría a Gran Bretaña en una crisis económica similar a la de 1931.¹⁰

A los temores sobre la vulnerabilidad económica se sumaban los temores de vulnerabilidad militar. Históricamente, Inglaterra había garantizado la seguridad dentro de sus fronteras manteniendo la marina mejor equipada del mundo, pero el desarrollo de la aviación hizo que esto dejara de ser suficiente. El temor de un ataque aéreo sobre Londres (*knock-out blow*) era sorprendentemente exagerado en una época en que Alemania ni siquiera tenía la capacidad para llevarlo a cabo. Los jefes de las fuerzas armadas llegaron a estimar en más de 150,000 las pérdidas humanas de un posible bombardeo sobre Londres durante una sola semana; una cifra ligeramente superior al número total de muertes civiles durante toda la segunda guerra mundial.¹¹ Estos cálculos equivocados provocaron que el gobierno se sintiera inseguro para arriesgar una guerra en tanto no contara con capacidad aérea suficiente para defenderse de un ataque alemán.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 107-110

¹¹ R.J.Q. Adams, *British Politics and Foreign Policy in the Times of Appeasement, 1935-1939*, Stanford, University Press, 1993, p. 58.

Los gobernantes ingleses estaban conscientes de que la participación de Inglaterra en una segunda guerra mundial conduciría al desmembramiento de su imperio. La primera guerra había “inspirado a los dominios británicos a demandar una voz más

El tiro de gracia a la política de apaciguamiento fue asestado el 15 de marzo de 1939, cuando el ejército alemán invadió la ciudad de Praga y ocupó los territorios de Bohemia y Moravia.

fuerte en la determinación de la política imperial y levantado un deseo por soberanía plena e independencia en asuntos internacionales”.¹² En mayo de 1937 se celebró una conferencia imperial en la que los dominios manifestaron su apoyo a la política del apaciguamiento. Su renuencia a apoyar a Gran Bretaña en caso de que se la guerra se desatara por el episodio de Checoslovaquia ha sido señalado como un “factor militante en contra de cualquier garantía británica a Checoslovaquia”, puesto que “semejante paso habría fracturado la *Commonwealth*”.¹³

Un acontecimiento de carácter interno tuvo particular relevancia para fomentar la desconfianza de la opinión pública inglesa sobre los verdaderos motivos de Alemania. En la noche entre el 9 y el 10 de noviembre de 1938 los comercios y las casas de numerosas familias judías fueron allanadas por grupos de choque del nacionalsocialismo. Muchas personas fueron asesinadas en el acto y otras conducidas a campos de concentración. Una parte de sus fortunas engrosaron las arcas del Estado y otra la de los autores de los atropellos. Con semejantes actos vandálicos, a todas luces permitidos y fomentados por el Estado, la Alemania nazi se desprestigió ante la opinión pública inglesa.

El tiro de gracia a la política de apaciguamiento fue asestado el 15 de marzo de 1939, cuando el ejército alemán invadió la ciudad de Praga y ocupó los territorios de Bohemia y Moravia.

¹² Gordon A. Craig, “The Revolution in War and Diplomacy”, *War, Politics and Diplomacy, Selected Essays*, Nueva York, Friedrick A. Praeger, 1966, p. 202.

¹³ Ritchie Ovendale, “Why the British Dominions declared War?”, *Paths to War: New Essays on the Origins of the Second World War*, Londres, MacMillan, 1989, pp. 282-283.

Este fue “el episodio que decidió a la opinión pública de Gran Bretaña a resistir al fascismo”¹⁴ porque “demostró que Hitler estaba fuera de todo cálculo racional y que sólo quería la guerra”.¹⁵ En palabras de Harold Nicolson: “Hasta que Herr Hitler cometió el enorme error de romper el acuerdo de Munich y, en consecuencia, de humillar a Gran Bretaña [...] el pueblo inglés no hubiera dado su aquiescencia para emprender una aventura guerrera”.¹⁶

Después de tomar en cuenta estas consideraciones comienzan a ser evidentes los motivos que llevaron al gobierno nacional encabezado por Neville Chamberlain a adoptar la política del apaciguamiento. Sin embargo, las causas de su fracaso todavía no son tan evidentes, ni se explica por qué la política del apaciguamiento se prolongó después del episodio de Munich, logró sobrevivir la *Kristalnacht* y no fue abandonada hasta la invasión de Praga. Según Eric Hobsbawm, “ningún tipo de *Realpolitik* puede explicar la actitud de los apaciguadores después del episodio de Munich”.¹⁷ La respuesta a estas cuestiones debe buscarse en otro nivel de análisis: el proceso de toma de decisiones.

LA INFLUENCIA DE CHAMBERLAIN EN EL PROCESO DE TOMA DE DECISIONES

Según R.A.C. Parker, Neville Chamberlain “no era un cobarde ni un tonto; no era ignorante ni haragán. Era un estadista culto, muy inteligente y trabajador”.¹⁸ Suele representársele como un líder demasiado blando para enfrentarse a la brutalidad de Hitler; sin embargo, Chamberlain era un jefe de gobierno autoritario, que “dominó el gabinete británico en los treinta debido a su fuerte convicción y resolución”.¹⁹ A pesar de su falta de experiencia en asuntos internacionales, asumió una conducción personalista de la política exterior, en concordancia con

¹⁴ Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, Buenos Aires, Crítica, 1998, p. 160.

¹⁵ Henry Kissinger, *La diplomacia*, México, FCE, 2004, p. 314.

¹⁶ *¿Por qué está en guerra Inglaterra?*, México, Minerva, 1940, p. 215.

¹⁷ *Op. cit.*, p. 160.

¹⁸ R.A.C. Parker, *Chamberlain and Appeasement: British Policy and the Coming of the Second World War*, Wiltshire, The MacMillan Press, 1995, p. 1.

¹⁹ *Ibid.*, p. 4.

la tendencia general, tanto en las democracias como en los regímenes totalitarios, de subestimar las recomendaciones de los profesionales.²⁰

Chamberlain no era pacifista ni idealista; de hecho, gustaba de clasificarse como “realista” para diferenciarse de otros estadistas británicos que creían en las posibilidades de la seguridad colectiva. Se había formado en el mundo de los negocios y en consecuencia asignaba una gran importancia a la palabra empeñada, sobre todo si era por escrito. Además, “tenía un gusto por la adulación incluso mayor que la mayoría de los políticos”.²¹ Estas características personales se probarían especialmente desafortunadas al momento de negociar con Hitler, quien supo aprovecharse de sus debilidades y “consiguió sus éxitos iniciales por medio de mentiras extraordinarias que fueron aceptadas por los estadistas occidentales formados en la tradición de que los diplomáticos eran caballeros y los caballeros no se mentían unos a otros”.²²

A partir de 1938, Chamberlain dejó de expresar y formar parte de un consenso casi generalizado sobre la pertinencia de mantener la política de apaciguamiento para convertirse en el líder de una facción que perdía apoyo progresivamente. Su empecinamiento se basaba en la convicción personalísima de que era su destino conseguir la paz para Europa, que sólo él podía lograrlo y que tenía una relación especial de confianza y entendimiento con el Führer. De regreso de su primer encuentro con Hitler afirmó: “me dio la impresión de estar lidiando con un hombre en el que podía confiarse una vez que había empeñado su palabra”.

La influencia del primer ministro se puede apreciar con mayor claridad en el último episodio de la crisis de Munich. Chamberlain envió a Hitler un comunicado de su puño y letra en la que propuso una tercera reunión, con la participación de Mussolini y Daladier, para “discutir los arreglos del traspaso” de los Sudetes checos a Alemania. Neville Chamberlain voló

²⁰ G. A. Craig analiza las nefastas repercusiones de los cambios en la diplomacia después de la primera guerra mundial en “The professional diplomat and his problems”, *War, Politics and Diplomacy, Selected Essays*, Nueva York, Friedrick A. Praeger, 1966, pp. 207-219.

²¹ R.A.C. Parker, *op. cit.*, p. 6.

²² G.A.Craig, “The Revolution in War and Diplomacy”, p. 203.

a Alemania por tercera vez y consiguió preservar la paz, pero a un precio muy alto: la supervivencia misma de Checoslovaquia. Su forma de entender la diplomacia se ve reflejada en el acontecimiento que le procuró los meses de más alta popularidad y acaso la mayor satisfacción de su carrera. A su regreso de la reunión de Munich agitaba sobre su cabeza un papel firmado por él y por Hitler, en el que ambos gobiernos se comprometían a resolver todos sus problemas mediante la negociación. Para Chamberlain representaba la “carta constitucional del apaciguamiento” y garantizaba “la paz para nuestro tiempo”; para Hitler, en cambio, no significaba nada.

La cuestión que decidiría buena parte de esta historia es formulada acertadamente por Gordon Craig: “¿Cómo podría el *amateurismo arrogante* de Neville Chamberlain lidiar con las ambiciones de Adolf Hitler, quien veía a la diplomacia no como una máquina para la paz sino como un medio para preparar el camino para la guerra destructiva que tanto deseaba?”.²³ Y la respuesta es: no podría. Chamberlain no comprendió que “el compromiso y la negociación eran imposibles con la Alemania de Hitler, porque los objetivos políticos del nacionalsocialismo eran irracionales e ilimitados”²⁴. ∞

²³ *Ibid.*, p. 206.

²⁴ Eric Hobsbawn, *op. cit.*, p. 159.

ESTADOS UNIDOS SE ACERCA AL ÁFRICA SUBSAHARIANA INDEPENDIENTE, 1957 A 1972

Diego Michel Macías Woitrin*

“It is not Africa which should be asked whether it belongs to one camp or another; it is rather to the two camps, to the East and to the West, that we must put the question which we consider as fundamental and of paramount importance: Yes or no, are you for the liberation of Africa?”¹

Pese a que los intercambios culturales y comerciales con África eran prósperos, el continente africano estaba lejos de ser el objetivo principal de las colonizaciones europeas antes del siglo XIX. Entre los siglos XV y XVI algunos exploradores portugueses y holandeses, en busca de rutas hacia las riquezas asiáticas, establecieron pequeños puntos de contacto a lo largo de la costa africana. Estos insignificantes puertos se convirtieron en colonias bien entrado el siglo XIX, cuando las potencias europeas voltearon hacia África y consideraron la posibilidad de hacerse de enormes riquezas. El sistema colonial que ingleses, belgas, franceses y portugueses establecieron en África hacía de las metrópolis europeas prácticamente los únicos contactos con el exterior con el que podían contar las poblaciones colonizadas. Es por ello que los Estados africanos, independizados a partir de la Segunda Guerra Mundial, establecieron automáticamente lazos estrechos con sus antiguas metrópolis.² Inevitablemente, terminaron por relacionarse también con Estados Unidos.

* Estudiante de sexto semestre de la licenciatura en Relaciones internacionales de El Colegio de México.

¹ Presidente Sékou Touré de la recién independizada República de Guinea. Fragmento de un discurso dictado ante la Asamblea General de las Naciones Unidas. 5 de noviembre de 1959.

² Immanuel Wallerstein, *Africa, the Politics of Independence*, New York, Vintage Books, 1961, p. 138.

Los contactos entre Estados Unidos y el continente africano eran mínimos y se efectuaban, políticamente, sólo mediante la metrópoli. Únicamente países del Norte de África, como Marruecos o Egipto, establecieron lazos diplomáticos con Estados Unidos desde finales del siglo XVIII. El siglo XIX trajo consigo las primeras muestras de interés estadounidense en África. La creación de la República de Liberia fue una solución que planteó el gobierno estadounidense para que los antiguos esclavos regresaran a África como hombres libres, dispuestos a crear una nación y un Estado. De 1821 a 1847, año de su independencia, la *American Colonization Society* administró Liberia.

Estados Unidos apoyó y patrocinó a uno de los mayores exploradores del África subsahariana, Henry Morton Stanley, en la expedición que develaría a Occidente las riquezas del enorme Congo. Pocos años después, Estados Unidos

Que la Unión Soviética se mantuviera algo alejada de los asuntos africanos no significó que Estados Unidos no tuviera intereses políticos —y, por lo tanto, fricciones— en la región.

participó como mediador y aval en la Conferencia de Berlín, en la cual las potencias europeas se repartieron el continente recién explorado. Apenas un par de décadas después de iniciado el siglo XX, Estados Unidos iniciaba lo que se convertiría en una larga historia de inversiones en África: negocios portuarios, minas en Rodesia, Sudáfrica y el Congo Belga. En Estados Unidos, W.E.B. Dubois comenzaba a forjar una idea de panafricanismo y de identidad cultural que sirviera a la población negra estadounidense para reivindicar derechos políticos y sociales en aquella sociedad segregacionista.

Estados Unidos apoyó abiertamente el proceso de descolonización africano que inició en 1957 con la independencia de Ghana, ya fuera directamente o mediante la labor de las Naciones Unidas. Pocos años después, más de veinticinco países habían nacido en África y prácticamente todos veían a Estados Unidos como una potencia amigable, solidaria en la retórica anticolonialista y antiimperialista.³ Tales esperanzas africanas, que se

³ I. Wallerstein, *op. cit.*, p. 143.

ESTADOS UNIDOS SE ACERCA AL ÁFRICA SUBSAHARIANA INDEPENDIENTE, 1957 A 1972

sumaban a expectativas de cooperación económica y técnica, contrastan con el poco entusiasmo que EEUU mostró posteriormente. Así establezco la idea rectora de este ensayo: al analizar los primeros quince años de independencias africanas (de 1957 a 1972), pretendo mostrar que África no fue un escenario común y corriente de la guerra fría o de las tensiones entre Este y Oeste. Los soviéticos tuvieron pocos intereses en una región que no les era estratégica en términos geográficos o políticos y, al contrario de lo que comúnmente se cree, no intentaron asimilar a los nuevos Estados, tan pronto fuera posible, al bloque socialista. Tampoco Estados Unidos atribuyó mucha importancia al continente; siempre y cuando sus intereses políticos no fueran contrariados, se limitó a seguir su eterna lógica de ampliación de mercados, tarea facilitada por sus buenos lazos con las antiguas potencias colonizadoras europeas. Muchos nuevos Estados africanos, aunque se decían no alineados, buscaron la amistad, la cooperación, el comercio y la legitimidad de Estados Unidos, por lo que tampoco se descarta que, como todo el mundo durante la guerra fría, África se integrara a la nueva dinámica internacional. En general, las relaciones entre Estados Unidos y África durante estos quince años fueron pacíficas y económicas. Sin embargo, el hecho de que la Unión Soviética se mantuviera algo alejada de los asuntos africanos no significó que Estados Unidos no tuviera intereses políticos —y, por lo tanto, fricciones— en la región. Los casos de Ghana y del ex Congo belga ejemplifican dos situaciones en las que Estados Unidos intervino políticamente para cambiar dos regímenes que le eran poco favorables y que, en la lógica estadounidense de la guerra fría, podían sumarse al bloque soviético.

La política exterior de Estados Unidos durante la época de John Foster Dulles (secretario de Estado entre 1953 y 1959) siguió un claro discurso de compromiso con la libertad política y la independencia de las colonias en África. Esto significó una gran colaboración con las Naciones Unidas respecto al proceso de descolonización, pero también demostró que Estados Unidos no estaría a gusto disputándose el espacio africano con los

soviéticos. Al gobierno de Kennedy no sólo le preocupó la posibilidad de que surgieran movimientos revolucionarios o radicales en África, sino que los soviéticos y los chinos pudieran mostrar demasiado interés en hacerse de nuevos aliados para el bloque socialista.⁴ En ese sentido, las percepciones estadounidenses fallaron por dos razones.

Con prudencia y moderación, los Estados africanos sabían que el acercamiento político precipitado a algún bloque significaría un deterioro en la soberanía recién adquirida.

En primer lugar, aunque los nuevos Estados africanos veían con admiración a ambos poderes, nunca se comprometieron políticamente

con alguno de los bloques. La falta de contactos más allá de las metrópolis durante la colonización europea los hizo voltear hacia muchos países por los que sentían curiosidad y respeto: pronto buscaron acuerdos comerciales y de cooperación con Estados Unidos, al igual que cooperación técnica, científica y financiera con soviéticos y chinos. Pero esta situación no significó, en ningún momento, una obligación política con cualquiera de los dos bloques. En realidad, los líderes de los nuevos países, como el togolés Sylvanus Olympio, pensaban que el continente debía mantenerse al margen de todo conflicto y no ser zona de influencia de las dos potencias mundiales. Con prudencia y moderación, los Estados africanos sabían que el acercamiento político precipitado a algún bloque significaría un deterioro en la soberanía recién adquirida.⁵

La segunda razón por la cual los temores estadounidenses de que la Unión Soviética se hiciera de zonas de influencia en África resultaron infundados es que los soviéticos no apoyaron movimientos revolucionarios de corte comunista, sobre todo porque nunca obtuvieron la fuerza o el apoyo interno que tuvieron los cubanos y el Vietcong. Los movimientos comunistas africanos de esa época no contaban con estructuras bien organizadas y aspiraciones políticas viables. La idea del socialismo africano prevaleció por

⁴ I. Wallerstein, *Africa and the Modern World*, New York, Africa World Press Inc., 1986, pp. 81 y 82.

⁵ Sylvanus E. Olympio, "African Problems and the Cold War", en Philip Quigg (editor), *Africa, a Foreign Affairs reader*, London and New York, Frederick Praeger publisher, 1964, pp. 297 - 299.

ESTADOS UNIDOS SE ACERCA AL ÁFRICA SUBSAHARIANA INDEPENDIENTE, 1957 A 1972
encima de cualquier proyecto político soviético; para los africanos, los soviéticos eran europeos y, por lo tanto, asociados con el imperialismo. La URSS no intervino en África durante este periodo (1957 a 1972) y los contactos no fueron más allá de la cooperación técnica y el comercio.

Por su parte, Estados Unidos inició un periodo de acercamiento económico y comercial con el continente. Se creó el *Bureau of African Affairs* dentro del Departamento de Estado, a la vez que aumentó el comercio con África: en 1965, el continente representaba el 4% de las importaciones y exportaciones estadounidenses, pero en términos reales, las inversiones en África se triplicaron entre 1957 y 1961, para después duplicarse en 1971.⁶

De esta manera intento mostrar cómo es que el relativo desinterés que la URSS mostró en África, junto con la prudencia con la que los primeros gobernantes de los nuevos Estados insistieron en la neutralidad y en la no alineación, llevó al continente a cooperar y comerciar con ambos bloques sin preferir a ninguno. Sin embargo, la inexistencia de periferias en el ideario político internacional de las grandes potencias no era una idea compatible con el esfuerzo de neutralidad de todo un continente.⁷ Estados Unidos tuvo relaciones sencillas y pacíficas con la mayoría de los Estados africanos gracias a sus vínculos con las antiguas metrópolis y al flujo de ayuda humanitaria que comenzó a llegar desde Occidente a partir de los sesenta, dos condiciones que la Unión Soviética no compartía. Sin embargo, los estadounidenses temieron constantemente que los soviéticos intentaran hacerse de bases sólidas en el continente. Fue por esa razón que dos regímenes africanos, establecidos entre 1957 y 1961, fueron derrocados para permitir la estabilidad y la seguridad de los intereses que tanto ha perseguido Estados Unidos en todo el mundo.

El primer régimen africano que buscó distanciarse de Estados Unidos y de Europa

⁶ De Samosata, *op. cit.*, p. 37.

⁷ Siguiendo el argumento de Kenneth Waltz, en un mundo bipolar no hay zona alguna del globo de la que las potencias no estén todo el tiempo pendientes. Véase "The Stability of a Bipolar World", *Daedalus*, 3 (1964), pp. 881-909.

fue el de Patrice Lumumba⁸ en la República Democrática del Congo. En el verano de 1960, belgas y congoleños pactaron la

Los soviéticos no apoyaron movimientos revolucionarios de corte comunista, sobre todo porque nunca obtuvieron la fuerza o el apoyo interno que tuvieron los cubanos y el Vietcong.

independencia de este enorme país en términos pacíficos, abriendo las puertas a la cooperación y al comercio entre los dos Estados. Lumumba muy pronto mostró descontento con las políticas que proponían europeos y estadounidenses respecto al Congo. Estas políticas recomendaban la apertura de los mercados (principalmente el minero, con riquezas fabulosas en cobre, diamantes, cobalto y coltán), el federalismo y la menor intervención posible por parte del Estado en asuntos económicos.

Como primer ministro, Lumumba intentó centralizar el poder mediante un programa de desarrollo de carácter socialista. El Congo fue el país africano que recibió el mayor apoyo soviético durante el periodo que nos ocupa.⁹ Los estadounidenses –contra los cálculos de la ONU– apoyaron el secesionismo de Tshombe, gobernador de la provincia de Katanga (la más rica del país); financiaron una guerrilla contraria al gobierno de Lumumba e hicieron posible el arribo de centenares de mercenarios sudafricanos dispuestos a luchar, junto con una división de paracaidistas belgas, en contra de Lumumba y su todavía débil Estado. Lumumba fue asesinado en 1961, a lo que siguieron cuatro años de enorme inestabilidad, crisis y guerra interna.

Una vez derrotado el proyecto de Lumumba, Estados Unidos no hizo nada para

⁸ Patrice Lumumba (1925-1961) fue el primer ministro de la República Democrática del Congo al momento de ganar su independencia respecto al imperio Belga en 1960. Su posición anticolonial y sus inclinaciones socialistas y centralizadoras crearon enorme desconfianza en Bélgica y en Estados Unidos.

⁹ Oportunidad tan grande no podía ser dejada de lado por la URSS: un país muy grande con incalculables recursos mineros situado en el corazón de África sería un aliado estratégico del bloque comunista, sobre todo si era gobernado por un intelectual socialista que renegaba al acercamiento con Occidente. (Charles Zorgbibe, *Historia de las Relaciones Internacionales*, trad. de Miguel Ángel Vecino Quintana, Madrid, Alianza Editorial, vol. 2, 1997, p. 231). No es coincidencia que la Universidad Internacional de Moscú (la Universidad de la Amistad de los Pueblos) recibiera el nombre de Patrice Lumumba.

ESTADOS UNIDOS SE ACERCA AL ÁFRICA SUBSAHARIANA INDEPENDIENTE, 1957 A 1972

intervenir en la desastrosa situación política y humanitaria del país (como tampoco lo hicieron los soviéticos)¹⁰ y se limitó a apoyar a Joseph Mobutu a llegar a la presidencia mediante un golpe de Estado. El régimen de Mobutu se convirtió en uno de los más sangrientos del continente; pero como estaba comprometido con los intereses económicos estadounidenses y europeos, Occidente guardó silencio ante sus atrocidades. El gobierno de Mobutu fue fiel a los lineamientos comerciales de Washington durante más de una década, antes de comenzar un proceso de “Zairización” (Zaire fue el nombre que recibió el país del dictador), que nacionalizó –y luego reprivatizó, porque no tenía capacidad administrativa– las minas y demás sectores de la industria que pertenecían a los extranjeros.¹¹

El segundo régimen que tuvo problemas con Washington fue el ghanés, encabezado por Kwame Nkrumah, primer ministro de Costa de Oro, protoestado de transición que dio lugar a la República de Ghana en 1957, de la cual él mismo se volvió primer presidente. Nkrumah siguió una política de no alineación y panafricanismo que inspiró sospechas en Washington. Junto con Nasser y Tito, lideró el grupo de los no alineados (aunque claramente más inclinados a la izquierda que a la derecha occidental), a la vez que dedicó gran parte de sus esfuerzos a crear una organización regional, africana y no alineada que evitara la intromisión de las potencias (occidentales u orientales). Nkrumah no fue el presidente más democrático del continente, pero sí era popular entre los ghaneses, apreciado por los africanos y reconocido por el mundo como un gran estadista, del tipo que necesitaba África para su desarrollo político. Sin embargo, Nkrumah decidió criticar constante y abiertamente al sistema capitalista, a la vez que pregonaba el socialismo

¹⁰ Es interesante notar que el único país que se opuso abiertamente al régimen de Mobutu, y que incluso organizó una guerrilla en su contra, fue Cuba. Ernesto “Ché” Guevara lideró un movimiento rebelde en el Congo durante casi un año entre 1964 y 1965 con tropas cubanas, tanzanias y congolesas. Cuba cumplió, durante esos años, su palabra de expandir la revolución comunista ahí donde fuera posible, al contrario de lo que hizo la URSS a pesar de su discurso internacionalista. El Congo como escenario de la guerra fría lo propició Cuba y no la Unión Soviética, elemento que no deja de llamar la atención y explica el carácter *sui generis* de la guerra fría en África.

¹¹ I. Wallerstein, *op. cit.*, pp. 105 a 108.

africano como tercera alternativa –siendo la primera el capitalismo liberal y la segunda el comunismo soviético– para el desarrollo del continente. La industrialización y los progresos sociales que vivió Ghana bajo su mandato no impidieron a Estados Unidos considerarlo un “peón amenazante” en el tablero internacional. A partir de 1964, Washington orquestó un bloqueo financiero y económico que debilitó enormemente la posición de Nkrumah. En febrero de 1966 le destituyó un golpe militar avalado por Estados Unidos.

Como he señalado al inicio, estos dos casos fueron excepciones al comportamiento estadounidense en África. La mayoría de los países que se independizaron alrededor de 1960 recurrió directamente a Estados Unidos en busca de ayuda financiera, intercambio comercial y cooperación técnica en infraestructura, salud y educación. Los países que eran antiguas colonias británicas tuvieron relaciones privilegiadas con Washington, a cambio

El régimen de Mobutu se convirtió en uno de los más sangrientos del continente; pero como estaba comprometido con los intereses económicos estadounidenses y europeos, Occidente guardó silencio ante sus atrocidades.

de ciertas concesiones económicas. Nigeria siempre ha sido un país con importantes yacimientos petrolíferos; Kenya se convirtió en un punto estratégico de comercio en el Océano Índico; Sudáfrica fue la más favorecida: su sistema segregacionista no fue criticado por Estados Unidos y su proyecto nuclear no encontró obstáculos en Washington. Uganda aceptó inmediatamente la cooperación del USAID, al igual que Liberia y, por el lado francófono, Gabón, Benín (todavía llamado Dahomey) y Burkina Faso (antes Alto Volta). Etiopía, país independiente desde el siglo XIII, dio la bienvenida a la inversión estadounidense. Así, Estados Unidos logró frenar las iniciativas de crear grupos regionales en África, que posiblemente se habrían convertido en focos de oposición a Washington. Por lo general, estos países tuvieron descuidaron su neutralidad política con tal de garantizar el acercamiento económico a occidente como “puerta abierta hacia el progreso”.¹²

¹² Olympio, *op. cit.*, p. 302.

CONCLUSIONES

África era un continente ávido de incorporarse al sistema internacional, razón por la cual participó con enorme entusiasmo en la ONU. Algunos Estados africanos volvieron su mirada principalmente hacia Estados Unidos; otros decidieron no alinearse a ningún bloque y explorar todas las oportunidades de intercambio comercial y de cooperación que podía ofrecerle el mundo al que se incorporaban. Era evidente que Estados Unidos, una de las dos potencias incontestables del orden mundial, haría lo propio con respecto a África y se interesaría en establecer lazos comerciales con cada uno de los nuevos Estados.¹³ Sin embargo, la lupa con la que Washington vio a cada Estado no fue una sola: por un lado, alentó a los regímenes moderados para que se integraran al comercio mundial y su sistema financiero, por el otro, se deshizo de los dos regímenes que más le incomodaban, no porque se negaran a comerciar, sino porque eran más propensos que otros a buscar apoyo en oriente. Paradójicamente, la URSS no mostró en un primer momento el interés que después tendría en los nuevos Estados africanos. Estados Unidos gozó de un amplio margen de maniobra en el continente, tanto que dos regímenes desaparecieron a causa de la intervención estadounidense sin reacción alguna por parte de la URSS.

En general, las tensiones que existieron durante la guerra fría entre las dos potencias no se manifestaron en África como en Cuba, Vietnam, el centro y este de Europa o el Medio Oriente. Sin embargo, el modo en que Estados Unidos se acercó a África fue tal que hizo del continente un escenario *sui generis* de la guerra fría. El comportamiento de Washington cambió a partir de 1972: el gobierno del presidente Nixon, apoyado por su incondicional Kissinger, transformó la política exterior hacia África (y también, un poco, hacia el resto del

¹³ El comercio entre EEUU y África era, como hemos mencionado anteriormente, casi insignificante para las cifras estadounidenses. Sin embargo, para los países africanos el comercio representó, cada vez más, una ampliación de sus pequeños mercados más allá de sus antiguas metrópolis. Las materias primas, sobre todo mineras, fueron el pilar de este comercio.

mundo) para adaptarla a las nuevas condiciones en el continente. A raíz del cambio de política en Moscú, con el fortalecimiento de Brezhnev y el nacimiento de movimientos comunistas declarados en el África Subsahariana, los soviéticos sí manifestaron intereses estratégicos y políticos en la región. El imperio portugués se mantenía vivo (irónicamente, pues Portugal era uno de los países más pobres de Europa), pero las tensiones internas en Mozambique, Angola y Guinea Bissau eran preocupantes y los grupos de liberación nacional buscaron el apoyo de los soviéticos. Estados Unidos debió reaccionar, no oponiéndose a la independencia de estas colonias (lo cual habría traicionado su presunta ideología anticolonial, pero sobre todo le habría impedido hacerse de un mayor margen de maniobra respecto a estos países), sino interviniendo para que la independencia sucediera en forma distinta a la que la URSS esperaba. Fue a partir de 1973 que África se volvió un verdadero escenario de la guerra fría, con constantes disputas diplomáticas entre las potencias respecto al rumbo que seguirían los países africanos.

Sin embargo, durante los primeros años de las independencias africanas, Estados Unidos gozó de una posición ideal en el continente. Esto se explica por el interés de los mismos africanos en la cooperación y el comercio con Estados Unidos y el poco interés que mostraron los soviéticos en los asuntos de la región. La posición de Estados Unidos fue tan sólida que pudo derrocar a dos regímenes sin que la URSS protestara. Respecto a los otros Estados, EEUU presumió ser fiel al principio de autodeterminación, aunque supeditado a los intereses geoestratégicos, lo que pone en duda el carácter moral de su política exterior. Entre 1957 y 1972 Washington siguió en África una política de intereses estratégicos, condicionando la cooperación humanitaria y los nuevos lazos comerciales, lo que difícilmente favorecería el desarrollo político, social y económico del continente más perjudicado de todos.☞

LA HISTORIA PUESTA A PRUEBA

Raúl Bravo Aduna y Desirée Colomé Menéndez*

Los nombres los ponen después los historiadores

Jorge Luis Borges

BREVE ADVERTENCIA AL LECTOR

Lo que a continuación se presenta no es una novela, ni un cuento, ni una reseña, ni una crítica literaria, ni un *paper* académico, sino un ensayo. Por lo tanto, pedimos que si el lector espera algo bien escrito, con buena estructura y argumentación lineal, deje de leer este texto inmediatamente. Esto no es más que —en palabras de G. K. Chesterton— el irreflexivo acto conocido como escritura: un salto en la oscuridad. Un ensayo, como su nombre lo dice, es algo que se está preparando, un intento, un experimento. Por lo tanto, lo siguiente carece de hilo conductor y de conclusión, incluso de desarrollo. *La historia puesta a prueba* es tal vez un manojito de aproximaciones a un tema difuso, una serie de divagaciones que no generan una teoría, ni siquiera un camino bien determinado. Así las cosas, advertimos que no es un texto bien estructurado, ni bien escrito, ni bien argumentado, en el cual la palabra “historia” terminará mareando después de leerla por quinta ocasión. Pero no importa, a fin de cuentas es un ensayo, una broma que en ningún momento se puede tomar en serio.

La historia es aburrida. La historia de historiadores es más aburrida aún. La historia

* Estudiante de la Licenciatura en Derecho, ITAM (Coordinador General de la Conferencia Mariano Otero) y estudiante de la Licenciatura en Relaciones Internacionales, El Colegio de México (Miembro de la Conferencia Mariano Otero).

puesta a prueba es divertida, es perversa...y lo perverso es genial; destruye algo que es humano y, por lo tanto, imperfecto. Al ser imperfecta, la historia no es de fiar y debe estar, constantemente, a prueba. Sería estúpido pensar que lo que ha sucedido en el mundo es, exactamente, lo que se lee en los libros de historia.

A pesar de que la historia se concibe a sí misma como objetiva es, por demás, relativa: “no es una ciencia, es una construcción imaginaria con pretensiones científicas, pero ahí nada está verdaderamente comprobado.”¹ Existen tantas caras de los acontecimientos de la humanidad como historiadores que los hayan relatado. La historia termina siendo un juego que se cree serio, pero no es más que una ridiculez.

Aquellos que tienen la mala costumbre de pensar por cuenta propia suelen desafiar la historia e invitan a que los demás lo hagan. La literatura, verbigracia, con frecuencia se ríe de los intentos del historiador por

*La historia es aburrida.
Sería estúpido pensar que lo
que ha sucedido en el mundo
es, exactamente, lo que se lee
en los libros de historia.*

ordenar lo caótico. Algunos pervierten la historia: toman sucesos relatados por historiadores y los transforman, de forma arbitraria, para crear un acontecimiento totalmente diferente al ocurrido, es decir, una ucronía. Estas arbitrariedades no son muy diferentes de las realizadas por la historia misma.

¿Qué significa realmente poner a prueba la historia? La respuesta más concreta —no necesariamente más certera— y útil para el presente es la siguiente: poner a prueba la historia es burlarse de ella. Nada de la *Geschichte* puede ser tomado en serio, pues es parte del desorden del hombre, quien se encuentra en constante devenir en el mundo. El trazo perfecto es algo asombroso, geométrico, bellissimo, pero no es una cualidad de lo humano. La *ἱστορία*, siendo humana, es lindamente imperfecta, y es risible ver cómo se concibe como algo impecable.

1 Arturo García Hernández, “Meza: la historia es una construcción imaginaria”, La Jornada, 28 de agosto de 2007. (<http://www.jornada.unam.mx/2007/08/28/index.php?section=cultura&article=a08n1cul>)

Sin dejar de lado el asunto de reírnos de la *histoire*, valdría la pena hacer referencia a algunos de los autores que con mayor autoridad moral que la nuestra se han burlado finamente de ella. En primer lugar, sin ninguna razón particular, comentaremos el caso de Milorad Paviç y su famoso *Diccionario jázaro*. Al ser un escritor inspirado en el más perverso de los perversos, Paviç desafía la historia de forma brutal. Poniendo a sus pies el tiempo y el espacio, el resultado de Paviç es un libro apócrifo. El estudiante más fino de Borges erige algo similar a Tlön, pero creando una estructura bestial, un laberinto complejísimo en el cual el lector nunca sabe si lo que lee es verdad o mentira. Es un libro soberanamente fingido y auténticamente falso que, paralelamente, induce al lector a pensar, o por lo menos creer, que puede ser cierto. Paviç nos invita a reír de la historia, pues su construcción parece tan verdadera como cualquiera que relata un historiador y, a nuestro parecer, igual de confiable; busca relativizar tres verdades absolutas (cristianismo, islamismo y judaísmo) haciéndolas compatibles, sin quitar a cada una su originalidad. El *Diccionario jázaro* juega con la historia de tal forma que la reconstruye: logra obtener de un sendero trifurcado una opción que abarca las tres posibilidades.

¿Qué significa realmente poner a prueba la historia? La respuesta más concreta —no necesariamente más certera— y útil para el presente es la siguiente: poner a prueba la historia es burlarse de ella.

Al igual que en la vida, en la historia llegan momentos determinados en los que hay diversas alternativas. En *El jardín de senderos que se bifurcan* de Borges, Ts'ui Pên logra optar por todas las alternativas, creando diversos porvenires que generan disímiles contradicciones. Abre un abanico de posibilidades que no se resuelven; no obstante, puede haber un momento en el cual todas esas bifurcaciones converjan. El *Diccionario jázaro* se acomoda así. Paviç, al igual que Ts'ui Pên, optó por todas las posibilidades. La reconstrucción de esos porvenires depende de quién la haga. Eso da varios resultados y permite desprender una reflexión simpática: la

historia (de los historiadores) no es más que una elección parcial de una entre múltiples opciones. Paviç fue más allá: optó por distintas posibilidades para integrarlas en una sola.

La historia no es más que una lindeza de la condición humana con la cual tenemos que convivir, lo que no significa que tengamos que respetarla. Con esto, la invitación permanece latente: pongamos a prueba la historia; hay que desafiarla, reinventarla y, en el proceso, de ser posible, burlarnos de ella.

En segundo lugar, vale la pena mencionar la novela del escritor francés Julian Barnes, *Una historia del mundo en diez capítulos y medio*, que es una historia del mundo relatada de forma totalmente arbitraria. Pero la

arbitrariedad de Barnes tiene un sentido: la historia del mundo *es* arbitraria. Barnes no pretende contar al lector lo que realmente sucedió, sino que presenta, más bien, un derroche de creatividad e imaginación. Comienza por contar algo así como “*The untold story of Noah’s Arc*”, con un narrador *sui generis*. De forma risueña y desconcertante, aquella historia bíblica nos es relatada por un polizón del arca: una carcoma, desafiando abiertamente la versión del pasaje que todos conocemos. “¿Que llovió cuarenta días y cuarenta noches? Bueno, naturalmente que no, eso no habría sido más que un verano inglés normal. No, llovió durante más o menos año y medio...”² En cada página, Barnes se burla sin piedad de los lugares comunes de la historia.

Posteriormente, Barnes presenta un capítulo que en su primera lectura podría sonar como un disparate: un juicio en el cual los habitantes de Mamirole acusan a unas carcomas por malhechoras. Burlonamente, para la construcción de este capítulo, el autor parte de un hecho real para crear su propia fantasía.³ Se descubre así una realidad que es más fantástica que la ficción, un escenario donde la realidad toma la delantera. Se confirma, precisamente, que no queda otra opción más que desafiar a la historia, ponerla a prueba y disfrutar las aberraciones del desarrollo humano.

² Julian Barnes, *Una historia del mundo en diez capítulos y medio*, trad. Maribel de Juan, Barcelona, Anagrama, 2006, p.13.

³ El capítulo “Las guerras de religión” se basa en procedimientos legales y casos reales descritos en *El procesamiento y la pena capital de animales* de E. P. Evans, 1906.

Un tercer autor a considerar es, indudablemente, Julián Meza. Historiador de formación académica, este escritor excéntrico, incómodo y felizmente inoportuno nos invita a reinventar la historia en sus novelas *La buella del conejo* y *La saga del conejo*. Haciendo un derrame titánico de imaginación, Meza reconstruye el descubrimiento de América y su conquista. En esta historia, los personajes encargados de “descubrir” el Nuevo Mundo llegan, en realidad, al lomo de una ballena gigante y siguen un pasaje bastante distinto al que conocemos. Por ejemplo, los mayas, mexicas y demás civilizaciones precolombinas son desertores de la primera expedición a Jascoyne —esa gran ballena en la que se establecieron “los protonautas [creyendo] habitar una isla o, peor aún, un continente”⁴— y no milenarios habitantes de la región. Sin necesidad de profundizar en los pormenores de la historia, Julián Meza corrobora la invitación que han hecho Paviç y Barnes: no hay que tomar demasiado en serio la historia, una invitación que nos parece pertinente aceptar.

Así, a lo único que podemos llegar es a pensar que aquel término que en general significa investigación, información, informe o narración de los hechos humanos presenta un sinfín de ambigüedades. La historia no es más que una lindeza de la condición humana con la cual tenemos que convivir, lo que no significa que tengamos que respetarla. Con esto, la invitación permanece latente: pongamos a prueba la historia; hay que desafiarla, reinventarla y, en el proceso, de ser posible, burlarnos de ella. Todo actuar humano es de sujetos anónimos y en lugares cuyos nombres nunca se saben; en palabras de Borges: los nombres los ponen después los historiadores. Y siguiendo con el pensamiento borgiano, al final somos jugadores prisioneros en un tablero donde Dios mueve al jugador, y éste, la pieza. “¿Qué dios detrás de Dios la trama empieza / de polvo y tiempo y sueño y agonías?”⁵ Probablemente, nunca lo sabremos... pero viene siendo tiempo de terminar, estábamos por olvidar que los historiadores ríen cuando nos ven pensar.

4 Julián Meza, *La buella del conejo* | *La saga del conejo*, México, FCE, 2007, p. 16.

5 Jorge Luis Borges, *Obras completas*, Volumen II, Buenos Aires, Emecé, 2007, p. 227.

PERSPECTIVAS SOBRE LA NUEVA IZQUIERDA EN AMÉRICA LATINA:

ENTREVISTA CON PETER H. SMITH*

CON EXCEPCIÓN DEL RÉGIMEN de Fidel Castro en Cuba, ningún gobierno de izquierda logró mantenerse en el poder en América latina durante la guerra fría. A veinte años de la caída del muro de Berlín y el fin de la lucha contra el comunismo el panorama es muy distinto. Desde 1998 cada vez más gobiernos de izquierda han estado llegando al poder en la región, fenómeno denominado “la ola rosada”. Los gobiernos de esta nueva ola combaten contra el imperialismo, pero no contra el capitalismo; rechazan la democracia liberal, sin dejar de ser democráticos; y promueven cambios, pero no la revolución. Para analizar el surgimiento, desarrollo y perspectivas de esta nueva izquierda en América Latina, Diana Ortiz Gutiérrez conversó con el reconocido académico estadounidense Peter H. Smith el 20 de marzo de 2009 en el Auditorio Alfonso Reyes de El Colegio de México.

Egresado con mención honorífica de la licenciatura en la universidad de Harvard y doctor por la universidad de Columbia, el profesor Peter H. Smith se especializa en política comparada, política latinoamericana y relaciones entre Estados Unidos y América latina. Es autor de obras imprescindibles para el estudio de la región, entre las cuales destacan: *Labyrinths of Power: Political Recruitment in Twentieth-Century Mexico* (1979) (publicado en español por El Colegio de México), *Talons of the Eagle: Dynamics of U.S.-Latin American Relations* (1996; 2da edición, 2000), y *Democracy in Latin America: Political Change in Comparative Perspective* (2005); además del multicitado *Modern Latin America*, en coautoría con Thomas Skidmore. Actualmente,

* El cuidado editorial de este texto estuvo a cargo de Gonzalo Almeyda Torres.

es Profesor de Ciencia Política y Profesor Simón Bolívar de Estudios Latinoamericanos en la Universidad de California, San Diego.

D: *¿Cuál sería su explicación para el surgimiento de la ola rosada en América Latina?*

En América Latina, el grado de apoyo popular para esta clase de cambios oscila entre un 30 y 45%

S: Básicamente, desencanto. Desencanto popular con la economía, la cual no había crecido mucho en estos países; con la pobreza, con la desigualdad. Desencanto político, porque aunque haya democracias

los líderes son corruptos -es la queja más fuerte- y los canales de representación no funcionan: los congresos, las legislaturas con muy débiles en la mayoría de los países. Así que querían buscar una nueva forma de expresión y de representación. Al mismo tiempo, creo que tiene que ver con la debilidad del Estado; que no ha podido implementar políticas innovadoras en sus países respectivos. Yo llamo a estos regímenes democracias no liberales; es decir, hay elecciones libres y justas pero restricción sistemática de la representación popular y de los derechos de los ciudadanos. Durante toda la década de los noventa escuché una especie de silencio político en América Latina que me llamó la atención. Creo que esta “ola rosada” es una especie de brote de protesta contra el silencio, contra las limitaciones de la democracia, contra los desencantos y contra con lo que percibían como la corrupción de los líderes políticos. Así que dentro de la llamada “tercera ola de la democratización” en América Latina veo un proceso, una especie de dialéctica entre democracia no liberal en la década de los noventa y el surgimiento de esta ola de protesta rosada. Empezó en 1998 con la elección de Chávez, pero continúa con la elección de Mauricio Funes en El Salvador.

D: *¿Cree que este fenómeno va a continuar?*

S: Al menos no se va a acabar, a juzgar por el número de países con presidentes de esta ola. También diría que el criterio más apropiado para medir la ola no es el número de presidentes que han ganado, sino la fuerza relativa de votantes o de ciudadanos dispuestos a apoyar un cambio importante. Aquí en México, por ejemplo, 35% de la población ha estado a favor de un cambio importante; perdieron la elección, pero esta tendencia es fuerte. En general, en América latina el grado de apoyo popular para esta clase de cambios oscila entre un 30- 45%. Así que tal vez no ganen elecciones pero existe como una fuerza a largo plazo y esa fuerza sí va a seguir.

D: *Usted habla de descontento con los altos índices de desigualdad y de pobreza, ¿cree que esta izquierda sea capaz de solucionarlos?*

La desigualdad es una medición relativa, depende de la relación entre la pobreza y la riqueza.

S: Sólo un estado fuerte podría resolverlo, que es lo que ha faltado. Porque con la receta

del consenso de Washington se debilitó mucho al Estado latinoamericano. La reducción de la pobreza es una mezcla de dos cosas: de políticas sanas, como las que se han realizado en Chile, por ejemplo, y de crecimiento que, como dice la frase, “levanta todos los barcos”. Con la crisis económica de los Estados Unidos va haber un efecto en América latina de más dificultades económicas y un nuevo crecimiento de la pobreza; así que es una situación que fluctúa, dependiendo del mercado internacional, de posibilidades de crecimiento económico y de políticas sanas. Ahora, la desigualdad es mucho más difícil de cambiar, mucho más difícil. Hugo Chávez ha tenido algún éxito, pero el grado de desigualdad puede reducirse si toda la población llega a ser pobre... lo que se necesita es reducir la desigualdad con el enriquecimiento de los pobres y no el empobrecimiento de los ricos. Así que depende de cómo se hace, pero es un esfuerzo mucho más difícil a largo plazo.

D: Brasil ha disminuido su pobreza, pero mantiene los mismos índices de desigualdad...

S: Porque el porcentaje del ingreso nacional que pertenece a los ricos sigue siendo muy alto y aún puede crecer. La desigualdad es una medición relativa; así que aunque haya menos pobres, todavía no tienen mucho dinero y si la clase media y la clase alta aumentan su riqueza la distancia relativa puede seguir aumentando. Entonces, depende de la relación entre la pobreza y la riqueza. Se necesitaría una política fiscal de impuestos muy eficaces, que es lo más difícil, por razones históricas y políticas; pero esa sería la política para reducir la desigualdad, es casi la única forma para reducir la desigualdad.

D: Estos nuevos gobiernos de izquierdas han introducido cambios constitucionales, ¿usted cree que esto afecta a la democracia en América Latina?

S: Los que critican esta “ola rosada” dicen “¡están cambiando constituciones!”. Si las constituciones habían llevado a esos países a una especie de parálisis político, no molesta para nada que se estén cambiando las constituciones, siempre que se hayan cambiado con el apoyo de una votación del pueblo. La idea de que *la* constitución del pasado es un texto sagrado que no se puede tocar es el lema de los intereses conservadores que no quieren que se cambien el *status quo*. Si los canales de representatividad no están funcionando bien, ni los partidos, ni los congresos, si esos canales no funcionan bien ¿cómo no considerar la posibilidad de un cambio que permita políticas sanas, cuando menos, que podrían tener un efecto positivo? A mi no me molesta para nada; claro que es posible cambiar una constitución por otra razón, como hizo Chávez en Venezuela, pero los cambios en Bolivia y en Ecuador no me preocupan para nada.

D: No se habla de una izquierda única, sino de varias izquierdas, como la de Lula o la de Chávez, ¿que opina usted de las distintas izquierdas?

S: La izquierda nueva incluye una canasta amplia, pero hay algunos ejes en común: la idea de justicia social, el rechazo al consenso de Washington, la responsabilidad hacia todos sus

ciudadanos, la reducción de la pobreza; hay una gama. La inspiración es muy variada, hay unos ex-marxistas, teólogos de la liberación, populistas... hay toda clase de inspiración; así que no hay una ideología unificada. Pero la idea de una agrupación de tendencias convergentes es más acertada que la de una conspiración unificada.

*Los que critican esta “ola rosada” dicen
¡Están cambiando las constituciones! No
molesta para nada que se estén cambiando,
siempre que se hayan cambiado con el
apoyo de una votación del pueblo.*

*D: ¿Cree que alguna de estas izquierdas pudiera ser
amenazante para Estados Unidos?*

S: No. Bueno, diría que Chávez es otra cosa, porque él domina petróleo, pero creo que no. Ahora, con el cambio de tono político, el ambiente político se parece un poco al de los

sesenta, cuando se lanzó la Alianza por el Progreso. Fue un momento en que la administración de Kennedy estuvo muy a favor de reformas profundas en América Latina. La Alianza por el Progreso insistió en programas para reformas agrarias, tributarias, para brindar educación pública a los chicos de todos los países. Así que la agenda de la Alianza por el Progreso habría sido muy populista y radical durante la década de los noventa y el consenso de Washington. La agenda de la nueva izquierda en América Latina no es tan distante de la agenda de Barack Obama. Así que depende de quien está en Washington: George Bush lo veía como ¡la gran amenaza!; con una visión más amplia del mundo, yo diría que no. También hay funcionarios que comparten, más o menos, la misma opinión al respecto. Yo creo que la ola rosada representa una especie de válvula de escape: qué bien que esta protesta viene a través de elecciones democráticas, en vez de movimientos guerrilleros de la montaña o movimientos terroristas.

D: Ha habido cambios en los gobiernos, pero ¿ha habido cambios en las legitimidades de los gobiernos?

S: Ahora se está hablando de la necesidad de fortalecer al Estado latinoamericano, y tienen razón, pero ¿cómo hacerlo? A través de elecciones, con el apoyo del público: cambiar las

políticas tributarias, por ejemplo; en vez de representar los poderes fácticos de la sociedad, enfocarse en buscar políticas y apoyo de las masas populares. En la democracia, el apoyo popular es un recurso muy importante y sería importante movilizarlo y aprovecharlo. Se ha movlizado en muchos países; ahora, el aprovechamiento para llevar a cabo reformas profundas está por venir. ➤

MINIMAL ÉXTASIS

Aldo Suárez*

La sociedad desde el amanecer hasta el desaparecer, genera etapas en una sola jornada.

De la casa al metro, del metro al trabajo, del trabajo al escape de la diversión.

En la etapa en la que esté, genera la búsqueda de algo, querer más.

Aún más que la calidad y la confortabilidad de vida.

Genera una búsqueda de satisfacción particular, anhelando trascender lo personal.

La sociedad se transforma en la sociedad del minimal éxtasis. Lo minimal se vuelve el desnudo a lo esencial, y es ahí que la sociedad lo lleva al encuentro del instante con el éxtasis. Nace la lucidez urbana social, con toda una dosis repleta de una gama de colores publicitarios: comprar, comer , beber, y volver a comprar para poder dormir. La calidad de vida diseña el éxtasis.

La unión entre ambos Minimal-Extasis Extasis-Minimal, transfigura las horas, leyes y diseños, fusiona en una sola pieza al comprar y dormir.

* Estudiante de El Centro de la Imagen, CONACULTA

ÁGORA



IDEOLOGÍAS
67x190cm



MATRIARCADO
67x180cm



AUTOSERVICIO
67x100cm



ALTER EGO
67x100cm

PORTAFOLIO



PENSAMIENTO

67x120cm

ÁGORA



TRILOGIE
67x100cm

58



MÉXICO 18.35
67x100cm